

Partitura de una pasión femenina

Guadalupe Ambriz Piñón

INTRODUCCIÓN

Nací en el seno de una familia muy humilde, tuve que abrirme camino paso a paso en la vida desde niña. Las carencias, las enfermedades y los peligros fueron asunto cotidiano durante mi infancia y mi juventud. La figura predominante en mi hogar siempre fue la mujer, puesto que mi papá nos dejó cuando yo era muy pequeña.

Mis hermanos fueron resultado de las relaciones de mi mamá con otras parejas; ella nunca formó un hogar y siempre vivimos solos.

Fuimos cinco hermanas y un hermano: Guadalupe, que soy yo, la mayor; Martha, Luz María, Rosa María, Margarita y Elías. Tuve otra hermana: Teresita, pero murió de bebé a consecuencia de una caída.

Mi abuelita nos visitaba muy seguido, era dulce y sabia; siempre me daba buenos consejos. Mi madre era una mujer recia, fuerte, muy estricta y no le temblaba la mano para darme muy buenas palizas. Ellas habían llegado a la ciudad de México provenientes de Morelia, Michoacán, cuando mi mamá estaba embarazada de mí.

Cuando yo tenía ocho años, como mi mamá no nos podía mantener, fue a hablar con el señor presidente don Lázaro Cárdenas, y él le dio una carta para que yo pudiera entrar al Internado Nacional Infantil (en este lugar albergaron a todos los niños refugiados de la Guerra Civil Española).

Mi madre me dejó ahí para que estudiara, lo que permitió no sólo mi manutención, sino que tuviera la oportunidad de iniciarme

en el oficio en el que me embarcaría para toda la vida: la música. Allí crecí sana, bien alimentada y siempre me distinguí por ser más alta que las demás, por mi figura delgada, tez morena, ojos grandes y cabello ondulado.

Soy contrabajista; fui miembro de varias orquestas, algunas de gran renombre, como la Orquesta Sinfónica Nacional y otras más modestas.

Soy cantante: me inicié cantando en *La hora del aficionado* de la XEW y no me tocaron la campana. Obtuve el primer lugar y me dieron cien pesos y un paquete de chocolate Abuelita (en ese tiempo el sueldo mínimo y el dólar estaban en cuatro pesos con ochenta centavos). Canté de muy joven en carpas, teatros, pa-lenques y fiestas populares en varios estados de la República y en el extranjero. Grabé discos y participé en infinidad de programas de radio producidos por las más importantes estaciones de aquella época en la ciudad de México.

Soy parte de una generación de mujeres que pocas oportunidades tuvo para salir adelante en un mundo de hombres, cuando la brecha entre las clases sociales era inmensa, la industrialización de nuestro país estaba en pañales y las grandes ciudades eran muy pocas. Pasé la mayor parte de mi vida ejecutando un instrumento musical poco usual para una dama, sacando adelante a una familia de cinco hermanos y trabajando a veces al lado de personajes ahora legendarios en el mundo de la música y la actuación.

Cuando señoritas de mi edad (yo tenía diecinueve años) estaban pensando en el novio o en la posibilidad de casarse, yo solamente pensaba, día tras día, en conseguir un buen contrato para ayudar a mi madre con los gastos de la casa y los de mis hermanos.

Hubo un momento en el que había obtenido cierta estabilidad en una orquesta de buen nombre: La Ríos Art; orquesta femenina con la que estuve tres años (de los diecisiete a los diecinueve), pero mi madre me orilló a dejarla porque no me quería lejos de casa, así que reinicié la búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo.

Así fue como me inicié en la Asociación Nacional de Actores (ANDA), trabajando en el teatro de Manolo Fábregas con la compañía de María Conesa.

Aquel fue el comienzo de un periodo de grandes responsabilidades (mis hermanos estaban creciendo y aumentaban los gastos), y estaba decidida a estudiar para ser mejor ejecutante y a conseguir más y mejores trabajos. Las oficinas de contratación y contacto profesional eran, en esos días, las cafeterías circunvecinas a la estación de radio XEW, en la calle de Ayuntamiento.

PARTITURA DE UNA PASIÓN FEMENINA

I. LAS CARPAS Y LA ORQUESTA DE RAMÓN MÁRQUEZ

Al terminar mi trabajo en el teatro Follies en 1948, empecé a frecuentar nuevamente las cafeterías donde acostumbraban reunirse los músicos y los cantantes: la cafetería de la XEW; la San José, ubicada en las calles de Luis Moya y Ayuntamiento; la Victoria, en Dolores y Ayuntamiento, y el billar que se encontraba enfrente de esta última.

Toda esa parte de la calle Ayuntamiento, a partir del mediodía y hasta las cuatro de la tarde, era una “romería” de compañeros músicos de todos los niveles, algunos que buscaban trabajo y otros más que lo ofrecían. Esa época fue muy buena para la música en vivo; yo tenía veintiún años.

Busqué al representante de artistas que me había conseguido el trabajo de bailarina en el espectáculo de María Conesa, en el teatro Manolo Fábregas, al que llamaban *el Negro Pérez*, para avisarle que ya había terminado. Me entrevisté con él y me mandó un fin de semana a Guadalajara, donde me subí por primera vez a una calandria; no las conocía.

En ese tiempo empecé a buscar maestro de contrabajo para tener mejor dominio del instrumento, pero resultó que en ese inter conseguí otro trabajo a través de la ANDA como cancionista en las carpas.

Estuve en la carpa Margo únicamente durante una semana, porque la demolieron para construir el Teatro Blanquita. Casualmente,

yo vivía casi en frente de ese lugar, en la colonia Santa María la Redonda. Allí conocí a María Victoria y a *Borolas*, quienes iniciaban sus carreras. Luego me mandaron a la carpa Libertad número uno, ubicada en la calle Las Vizcaínas.

Las carpas eran básicamente de madera y telones, reducidas a lo más indispensable. En la Libertad número uno, la estrella era un travesti imitador de María Félix: José Zavala, quien se anunciaba simplemente como Zavala; él fue muy atento conmigo.

También conocí a Marita Muñoz, quien era muy popular en aquel tiempo, y a Anita, una bailarina que aseguraba ser amante del presidente de la República... Lo que sí me consta es que, de vez en cuando, al salir ella sacudía una pañoleta y, tras esta señal, la recogía un automóvil muy elegante.

En esa época trataron de secuestrarme un par de individuos y me salvó José Zavala, pues golpeó a los dos tipos que me habían agredido. Durante una semana me escoltó hasta mi casa para cuidarme.

En una ocasión, al visitar la cafetería de la XEW me topé con el señor Flores, un locutor de radio que me había ayudado años atrás. Al comentarle que iba a terminar mi contrato en la carpa, me pasó el contacto de una orquesta que estaba a punto de entrar a una estación de radio y que necesitaba a una *crooner* (así le llamaban a las coristas de las orquestas grandes); era la orquesta del maestro Ramón Márquez.

Me dio todos los detalles y me presenté con él, quien inmediatamente me contrató para una temporada en la estación de radio XEX, que en aquel tiempo se encontraba en la calle de Córdoba, pegada al Casino Español. Cubriría por un mes a la cantante titular que estaba fuera de la ciudad debido a compromisos de trabajo.

En la orquesta me reencontré con dos compañeros de la escuela de música, a Ramón Silva y a su hermano. Los viernes, que cubríamos dos programas y teníamos una hora entre uno y otro, nos

íbamos al Casino Español, donde los compañeros me enseñaron a jugar carambola.

Cuando regresó la cantante titular, quien era la novia del director, me ofrecieron el puesto de contrabajista, pues el bajista de la orquesta ya había anunciado su separación. Eso me llenó de alegría, ya que seguiría con empleo. Por esa época sucedió un hecho trágico: uno de mis excompañeros de escuela, Ramón Silva, mató a otro miembro de la orquesta de un balazo en el corazón.

La orquesta del maestro Ramón Márquez siempre tenía trabajo, ya fuera en alguno de los salones de baile o en fiestas particulares, y también estaban los días de ensayo. El maestro siempre me protegió de compañeros abusivos y provocadores y noté que también su novia me estimaba.

Cuando le contaba a mi mamá acerca del ambiente de trabajo, ella me aconsejaba: “Hija, escogiste estar en la selva... ¿Y qué se necesita para abrirse paso en la selva?... Un machete, así que tienes que abrirte paso a brazo de machete. ¡No te importe a quien le des! A quien te falte al respeto, ponlo en su lugar, porque si no, darás pie a que todos te falten al respeto. Si no les paras el alto, después no vas a poder estar en ese medio”.

Durante ese periodo recibí instrucciones de la ANDA para que me presentara a cantar en un festival organizado por ésta para el Sindicato de Electricistas, en el cual participaban los más grandes artistas de la época y cada uno tenía que cantar dos canciones.

Llegué al día siguiente al festival, pero al ver tanto público y a varios artistas famosos, sufrí un ataque de miedo. El maestro de ceremonias era Ferrusquilla, quien entonces ya era muy famoso, y yo no me animaba a salir a escena. Me quedé agarrada del telón sin soltarlo, hasta que el maestro Ferrusquilla me hizo tomar coñac, que me llevó en una copa de plástico, y me animó a cantar. Tuve tanta aceptación que hasta me pidieron una canción más y Ferrusquilla me felicitó.

II. LAS LUCHAS Y LA ÓPERA

Vivía casi enfrente de lo que hoy es el Teatro Blanquita, y justamente al lado había un salón de belleza al cual acudía cuando tenía la posibilidad de gastar en eso, para que me arreglaran el cabello y las uñas.

Me hice amiga de dos de las muchachas que ahí trabajaban y empezamos a salir uno que otro domingo a la arena Coliseo para ver las luchas. Yo le inventaba a mi mamá que necesitaba salir a escuchar a cierta orquesta para justificar mis salidas, y mis dos amigas y yo nos escapábamos. Y comprábamos boletos de primera fila.

Así tuve la oportunidad de tener frente a mí al Tarzán López, al Cavernario Galindo, a Gori Guerrero, a Blue Demond, a Wolf Ruvinskis, a Enrique Llanes que era muy “limpio” y a el Santo, que en aquel tiempo era de los “rudos”, aunque no tanto como el Médico Asesino.

Ésas fueron mis salidas de entretenimiento en aquella época.

En la acera de enfrente de mi casa se encontraba una secundaria, que por la tarde funcionaba como la Escuela Libre de Música. Un día, una antigua amiga de la Escuela de Iniciación Artística, donde hice mis estudios básicos de contrabajo, vino a invitarme para que participara en unas audiciones en dicha escuela, porque necesitaban personal joven para el coro de la ópera. Fueron tres días de selección, y mi amiga Alejandra insistió para que no dejara de ir, pues con mi experiencia seguro quedaría seleccionada. Eso implicaría una entrada fija de dinero, la posibilidad de prestaciones, como la jubilación, y tiempo suficiente para seguir tocando el contrabajo.

A mi mamá no le pareció muy buena idea, pero fui a hacer la prueba. Éramos muchos aspirantes. Al llegar, el maestro nos registró y nos dio un papel pautado con dieciséis compases, los cuales

cantamos por orden de lista. El maestro sonaba el afinador (un silbato que da la tonalidad de “la”) y cada quien cantó su tema. El maestro me dijo: “Señorita, está bien solfeado, pero canta usted muy fuerte; necesita tomar clases de vocalización.

Finalmente fue nombrando a los aspirantes que quedaron seleccionados y tuve la suerte de ser una de ellos. Nos dieron un papel de registro que al día siguiente llevamos a las oficinas del Palacio de Bellas Artes.

Al registrarme, inmediatamente me mandaron con el profesor Luna, quien sería maestro del coro y que, por coincidencia, fue mi maestro en la Escuela de Iniciación Artística. Seguí con los trámites, pero no le dije nada a mi mamá, sino a mi abuelita, que me dio su apoyo total.

Desde el primer día, el maestro Luna me reconoció. Le dio gusto verme, me dio material para estudiar y me aconsejó para que me integrara. La primera ópera que ensayé fue *La Traviata*. Los ensayos fueron muy pesados, pero como solfeaba bastante bien, me ayudó a sentirlos menos intensos. Irónicamente, lo más difícil fue avisarle a mi mamá que cantaría en la ópera. Lo único que se me ocurrió fue mentirle y avisar que tenía trabajo viernes y sábado. Sin embargo, algo sospechó.

Para mi primera ópera fui a Bellas Artes, me maquillaron, me dieron el vestuario y así pasé esos dos días del coro. Fue muy bello. Pero al llegar el domingo, mi mamá me preguntó: “A ver ¿cuánto te pagaron? Dame el dinero que te dieron por tocar...” Porque todo lo que ganaba se lo daba; de allí ella nada más me daba lo indispensable para mis gastos. A mí se me ocurrió contestarle: “Es que me van a pagar por quincena”. Ella se quedó muy seria y no me contestó.

El lunes siguiente fui al ensayo. Montaron *Rigoletto*, y esa obra me costó más trabajo que *La Traviata*. El día de la función quedé sorprendida del vestuario que me dieron: unas mallas color de rosa, guantes rosados, un blusón a medio muslo con un lazo para

amarrar a la cintura, una peluca rubia (iyo soy muy morena!), y me maquillaron de güera. También me dieron una corneta larga, la cual utilizamos en algunas escenas.

El primer día corrió la función muy bien. Al terminar regresé a mi casa. Mi mamá no me dijo nada, ya estaba dormida, pero al día siguiente, cuando ya estaba en el camerino, las compañeras me comentaron: “Lupita, fíjate que hay una señora atrás de bambalinas, morena, de cabello chino, fornida, muy enojada y que anda buscando a Guadalupe Ambríz. No le dijimos nada, porque ni sabemos cómo te apellidas”. Luego añadieron: “Mira, como estás totalmente transformada por el maquillaje y el vestuario, no te va a reconocer aunque pase cerca de ti; nada más no vayas a hablar para que no te identifique por la voz”. Y continuó mi amiga argumentando: “No queremos que tu mamá, por estar enojada, nos eche a perder nuestro trabajo. Así que aléjate de donde está. Yo voy a avisarles a las compañeras del otro camerino para que no den razón de ti y les explicaré todo”.

Efectivamente, al salir a escena, vi a mi mamá atrás de bambalinas sentada en un tablado, y a cuanta persona pasaba, le preguntaba por mí. Estuvo escudriñando con la vista todo y llegó el momento en que me pregunto por mí, sin reconocirme. Yo nada más negué con la cabeza y caminé con todo el grupo, puesto que ya teníamos llamada para entrar.

Allí se quedó mi mamá toda la función. Al terminar, el encargado de vestuario nos indicó que dejáramos todo colgado y los zapatos en su lugar. Salí y ya no la vi. Todo mundo salía rápido, porque, entre otras cosas, nos apagaban muy pronto las luces. Bajé con todo el grupo, hombres y mujeres, y de pronto sentí que me agarraron del cabello por la parte de atrás. Como usaba el cabello largo, se lo enredó en la mano, y como era más bajita que yo, me agachó y me llevó jalando del pelo y sacudiéndome la cabeza ante la mirada de todos mis compañeros. Me sentía muy avergonzada, muy mal. Nada más me soltó para atravesar la calle.

Llegando a la casa me dijo: “¡Esto se acabó! ¡Mañana no vas a ningún ensayo ni a ninguna nada!”

Al día siguiente estuve llorando toda la mañana y no tuve fuerzas para ir al ensayo; le tenía mucho miedo a mi mamá. Ya me había golpeado cruelmente en varias ocasiones.

Por la tarde llegó mi abuelita y le platicué lo que había pasado. En eso estaba, cuando llegó mi mamá.

–¿Ya estás dándole el chisme a tu abuela, verdad? –dijo mi mamá.

–Sí –respondió mi abuelita–. Y no es justo que la trates tan mal, cuando te está ayudando a mantener a tus hijos. Debes tenerle más consideración.

– Tú no te metas; es mi hija y con mi hija hago lo que se me dé la gana –contestó.

–Eres una fiera, contigo no se puede hablar; no tienes remedio. Luego volteó y me dijo:

–Déjame darte la bendición, hija, y si tu madre te pega, las puertas de mi casa están abiertas para ti.

Se dio la media vuelta y se fue.

Mi amiga Alejandra me fue a ver el miércoles siguiente después del ensayo. Sabía que mi mamá descansaba los martes, así que era seguro pasar al otro día. Me preguntó la razón por la cual no fui a los ensayos. Comentó que ya les habían dado las credenciales y que todos estaban molestos por la forma en que me había tratado mi mamá.

Insistió en que regresara al coro de la ópera, enfatizando los argumentos de la seguridad social, el pago quincenal, así como la jubilación, pero le reiteré el miedo que le tenía a mi mamá, que no me atrevería a regresar. Finalmente se despidió y se fue.

Ya no regresé al coro de la Ópera de Bellas Artes.

Ese mismo miércoles por la noche, mi mamá me preguntó: “¿Fuiste a la cafetería de la XEW o a la de actores?” Le contesté que no había ido a ningún lado, que no tenía ganas de salir.

Su tono era muy amable: “Tienes que ir; verás que encontrarás trabajo”, terminó diciéndome.

Yo me sentía muy mal, avergonzada, impotente, no tenía ganas de salir. Me sentía como en una prisión, como si yo no valiera nada.

III. DE REGRESO A LAS CARPAS

Terminé por recuperar la calma y me fui a la ANDA. Allí conseguí un contrato de cancionista para la carpa Petit, de veintiocho días prorrogables. Esa misma semana me presenté en la carpa, me asignaron las horas de ensayo y empecé a trabajar allí.

La carpa Petit quedaba muy cerca de mi casa, casi pegada a la plaza Garibaldi, donde están los mariachis. Era más grande y más elegante que la carpa Libertad número uno, los camerinos eran más cómodos, pero también de tela y, en lugar de puerta, una cortina. Coincidió con que en esa misma calle vivía el señor Gerónimo, quién me rentaba los contrabajos cada vez que tocaba y que, por cierto, también era padrino de mi hermana Margarita, la más chiquita de la casa.

El primer día que iba a trabajar en dicha carpa, mi mamá me pidió que le cociera dos kilos de frijoles para que cuando ella llegara, los pudiera guisar. Así lo hice. En la noche, cuando estaba en el trabajo, llegó mi mamá hasta mi camerino con un platito de frijoles refritos cubiertos con chiles pasilla, una cucharita de madera y muchas tortillas para ofrecerme un taco y compartirlo con mis compañeros. De allí en adelante, todos los días llegó con el plato de frijoles que, entre un número artístico y otro, lo dejábamos bien limpio. Era frecuente que mis compañeros se asomaran a mi camerino para preguntar: “¿Ya llegaron los frijoles?”

Por otro lado, tuve una experiencia difícil al final de mi contrato de veintiocho días. El delegado sindical trabajaba allí mismo con su esposa haciendo *sketches* cómicos y era el encargado

de pagarme, así como de darme los recibos correspondientes. Yo recibía doce pesos diarios de manos de ese señor, pero nunca me entregó recibos con el pretexto de que después lo haría. Al renovarme el contrato por otro periodo, llegó a la carpa un inspector, quien me requirió mis cuotas sindicales. Le informé que el delegado no me daba recibos y que él mismo me había dicho que se estaba encargando de pagar mis cuotas.

El inspector me citó para el día siguiente en la ANDA. Allí me carearon con el delegado, y salió a relucir que yo no ganaba doce pesos al día, sino diecisiete. Jorge Negrete, que era el secretario general de la ANDA, le llamó muy enérgicamente la atención al delegado y lo comprometieron a que depositara la diferencia de mi salario en la tesorería del sindicato, a donde yo pasaría a recogerla.

Esa noche, la esposa del delegado estuvo esperando a que me quedara sola en el camerino y entró a insultarme y a golpearme, pero la señora ya era mayor y gorda, lo que me permitió protegerme y evitar sus golpes. En eso estábamos, ella tirándome golpes, patadas, y yo esquivándolos, cuando llegó mi mamá. “¡Ya llegaron los frijoles!”, gritó un compañero, y la señora salió de inmediato del camerino. A mi mamá ya le habían avisado en la entrada: “Señora, córrale porque le están pegando a su hija”. A pesar del carácter de mi mamá, no acostumbraba a decir malas palabras. Entró a los camerinos al tiempo que la otra señora salió corriendo. Mi mamá simplemente dijo: “¿Quién le quiere pegar a mi hija? Le voy a enseñar a esa señora cómo se pega”. Esa persona nunca volvió a meterse conmigo, pero no me renovaron el contrato.

En esos últimos días, estando con mi mamá, me visitó el señor Manuel, maestro de ceremonias de la carpa Libertad número uno, y me comentó que podría regresar a trabajar. En eso se acercó un señor que me invitó a trabajar en un centro nocturno y me dejó su tarjeta para que fuera a verlo. El señor Manuel se ofreció a checar el negocio y quedamos de vernos para comentar

la información. Al día siguiente le dijo a mi mamá: “Ya investigué, y aunque sí existe el centro nocturno, el señor de la tarjeta tiene fama de ser tratante de blancas”. Mi mamá quedó muy agradecida con el señor Manuel.

También en esa época me invitaron a participar en una revista semanal con el cómico de la carpa que se hacía llamar *Cócolo*. Acepté y nuestra foto salió junto con dos de Tongolele y una de María Victoria, en la página principal de dicha revista.

Otra invitación fue por parte de un promotor, el señor Cervantes, que quería ser mi representante, pero no le gustaba mi vestuario. Me dijo que era pésimo (yo me hacía mi propia ropa), pero lo que él me propuso, aunque era de diseñador, estaba muy provocativo, así que no acepté trabajar con él.

Terminé en la carpa Petit un domingo, e iniciaría en la Libertad número uno el viernes siguiente, por lo que los días previos los dediqué a visitar las cafeterías de la XEW, la ANDA y las demás en busca de trabajo. Allí conseguí una presentación por un día en la carpa Lolita, pero que me iban a programar.

Ya de regreso en la carpa Libertad, me dieron la bienvenida los compañeros que aún continuaban allí, entre otros: Pepe Zavala (el travesti que me había defendido) y la bailarina aquella que decía tener *queveres* con el presidente de la República. Me pasé seis meses muy a gusto allí y logré mayor seguridad y desenvolvimiento en escena. Los temas musicales de moda eran *Quinto patio* y *Bonita*, del maestro Luis Arcaraz.

Apenas terminé allí, llegó a mi casa una circular de la ANDA en la que me avisaban que tenía que presentarme el domingo siguiente en la carpa Lolita y que había que llegar una hora antes para ponerme de acuerdo con el pianista. En esa carpa no había orquesta; nada más un pianista.

Me fui muy temprano. La carpa estaba al otro extremo de la iglesia, en el mero centro de Tacuba, era muy pequeña y el ambiente estaba muy feo. Al caminar por los alrededores de la carpa,

casi a la hora de mi cita, me topé con aquella bailarina que salía bailando de calavera en la carpa Petit, pero estaba sumamente delgada y totalmente alcoholizada. Me pidió que no le dirigiera la palabra y se fue rápidamente, tropezándose a cada rato.

Después de esta única presentación, al llegar a cobrar a la ANDA, me avisaron que se estaba formando el elenco para una gira por la República. El empresario era un mago que se hacía llamar Fontuyen, de nacionalidad china, y que la idea era estar una semana en cada plaza hasta llegar a la frontera con Estados Unidos. Contesté que necesitaba pedirle permiso a mi mamá. El encargado dijo que tenía hasta el día siguiente para resolverle, puesto que ya había alguien más apuntado en la lista.

Fui al hotel donde mi mamá trabajaba. Le conté todo y no le pareció. Me dijo que hasta la frontera: “Ni Dios lo permita”.

Me fui muy triste y pensativa a mi casa. Decidí empacar mis cosas. Cuando mi mamá llegó de trabajar y vio mis preparativos, comentó enojada: “Así que te quieres ir a la gira. Tú no te mandas sola”, pero me armé de valor y le contesté que esta vez sí iría, a pesar de lo que ella opinara.

IV. LA GIRA

Al día siguiente fui a la ANDA para confirmar mi asistencia a la gira.

En lo que respecta a mi familia, a pesar de que nunca restablecí la comunicación con mi papá, sí mantuve una relación con los hijos de su hermano, el tío Vicente, sobre todo con Carmelita, la mayor de mis primos.

A Carmelita la veía frecuentemente, ella estudiaba belleza y trabajaba en un lugar donde se hacían sombreros finos para caballero; en aquella época todos los señores los usaban. Pues bien, resulta que me comprometí con ella para ser su modelo en su examen de fin de curso, donde me haría un peinado en forma de

jaula. ¡Ya tenía hasta el canario que iba a meter en la “jaula”! Con la emoción de la gira, no me acordé ni le avisé que me iba, por lo que pasó la fecha mientras yo andaba fuera. Debió haber pasado un muy mal rato.

Estábamos en el elenco los Hermanos Cárdenas, que se anunciaban como “pulsadores de fama internacional”; Acacia Rey, “la reina de la canción mexicana”; Manolo de Gorzán, cantante de la XEW; la esposa del mago, que se hacía llamar Mei Dai, “escultural bailarina china que bailaba mambo”; Vernei, “fantástico ventrílocuo”, y Don Neto, “el muñeco ideal de chicos y grandes” (que luego cambió su nombre artístico por su nombre real, Carlos, y que años después se presentó como Carlos, don Neto y Titino), y yo, a quien anunciaban como Lupita Ambriz, “emotiva cancionera de la XEQ”. En la parte musical iba el maestro Leopoldo Rivera, pianista a quien se anunciaba como “maestro concertista y director de orquesta”, que era muy buen músico.

Todos los mencionados, más el mago Fontuyen (empresario y patrón), nos fuimos de gira. El recorrido incluyó todo Coahuila, desde Saltillo hasta Piedras Negras, y todo Tamaulipas, hasta Reynosa.

Visitamos muchos lugares. El programa era muy variado; al público le gustaba el espectáculo, llenábamos todos los locales y nos aplaudían mucho. Todo iba muy bien, hasta que llegamos a Nueva Rosita, Coahuila.

Nos hospedamos en un hotel modesto que quedaba a mitad de una cuadra, y en la esquina había un pequeño restaurante. Uno de esos días, cuando atravesaba la calle hacia el restaurante, vi que Manolo de Gorzán, sentado de espaldas, conversaba con un grupo. Las personas lo escuchaban atentamente, y al pasar cerca de ellos alcancé a escuchar: “Pues ya ven a la Lupita; yo ya me la eché”, y añadió una serie de cosas muy feas que hicieron que se me pararan los pelos de la cabeza.

¡Me dio mucho coraje!

Me acerqué hasta donde estaban y, con el canto de la mano, a modo de karateca, ile pegué en la nuca con todas mis fuerzas! Fue a dar al suelo, a pesar de ser un hombre más alto y fornido que yo.

La gente quedó muy sorprendida, pues nadie vio a qué hora llegué por lo atentos que estaban a las descripciones que el “famoso” Manolo les estaba contando. El hombre no se podía parar. Cuando logró levantarse, me increpó: “¡Vas a ver quién soy yo!”

En cada mesa había un botellón de boca angosta con agua. Agarré uno por la parte angosta y le contesté: “¡Pues ven, ven y ya verás; porque todo eso que has dicho es mentira! El agua me escurría por todos lados mientras sostenía el botellón por encima de mi hombro, pero no me importaba. Manolo se quedó callado, expectante. De allí en adelante el ambiente se tornó embarazoso para mí.

Desde luego, nada de esto le platicué en mis cartas a mi mamá. Cada vez que le escribía, le mandaba dinero.

Llegamos a una población de la que no recuerdo el nombre, pero sí el cine del lugar, que se llamaba Royal. Muchos de los habitantes eran chinos y le hicieron a Fontuyen un recibimiento muy bonito con una comida especial.

La esposa de Fontuyen, con quien llevaba yo buena relación, me dijo que su esposo me invitaba a acompañarlos. Acepté.

El lugar estaba amenizado con música tradicional china (muy difícil de apreciar para los que no estamos acostumbrados a ella) y habían montado una mesa muy larga. A la hora de la comida, Fontuyen indicó: “Por favor, a la señorita no le den palitos, pónganle cubiertos”.

No sé si fue por ver tanto rostro con ojos rasgados, el idioma o por la música que acompañaba el canto de las sopranos, pero empecé a marearme.

La música la oía cada vez más lejos, hasta que ya no supe de mí. Dicen que me caí de lado, y cuando recobré el sentido, estaba sentada en otra parte. Me disculpé con Fon y le pedí que me

excusara con sus anfitriones, pero que no me sentía bien y deseaba retirarme.

Poco después, Fon me comentó que no debía preocuparme, que no todo mundo se acostumbra a un ambiente tan diferente, pero que la convivencia entre ellos era bonita y la comida muy sana.

Continuamos el viaje, y la siguiente persona que empezó a molestarme fue Carlos, el ventrílocuo. Él era de extracción humilde, vestía sencillo y traía siempre un suéter raído. Llegó un momento en que me acorraló contra la pared. Me pegué lo más posible al muro y él no me dejaba pasar. “¡Si usted no se quita, voy a hacer lo que las mulas: lo voy a patear! ¡Así que, o se quita o a ver cómo nos va, señor!”, le dije. De mala manera se hizo a un lado.

Cuando llegamos a Ciudad Osuna, vimos que el cine estaba al descubierto.

En el programa siempre cantaba yo antes del número de Carlos con el muñeco, pero en esa ocasión hizo que yo pasara después, y con su muñeco comenzó a decir puras groserías y cosas de doble sentido (más que de costumbre). La gente estaba enardecida. Cuando entré a cantar *Viajera*, de Luis Arcaraz, me aventaron jitomates. Me ensuciaron mi vestido, pero no me metí. Me quedé parada y le pedí al director de la orquesta que parara la música. La gente empezó a calmarse. Me dirigí al público: “Distinguido público, soy Lupita y mi trabajo es que ustedes pasen un rato agradable. A pesar de que empecé con esa hermosa canción para ustedes, me aventaron cosas. Así que les voy a cantar algo que sí les va a gustar, pero quiero que aquel señor de allá se pare a bailar conmigo”. Señalé a la primera persona que había empezado a aventarme cosas. Continué diciendo: “Un aplauso al señor que fue tan amable de aventarme tantos jitomates; quiere decir que él va a saber bailar conmigo”.

El tipo se puso colorado, se sumió en el asiento, pero la gente lo presionó para que bailara. Cuando subió al escenario, le pedí al maestro Polo, director de la orquesta, que tocara *Quizás, quizás*.

Bailé y canté invitando al fulano a que bailara y, cuando me acerqué a él, le dije: “Así que usted es valiente con las mujeres, ¿verdad?, pues conmigo le va a ir como en feria. ¡Báílele!”

Al público lo animé: “¡El señor no se sabe mover, hay que aplaudirle mucho!”, y mientras yo seguía escurriendo de la cabeza por los jitomates recibidos, insultaba al fulano de manera que solamente él me oyera.

Cuando terminé de cantar, me aplaudieron muchísimo. Al bajar del escenario fui con Fon y le dije:

–Mire usted lo que me han hecho.

–Sí, ya vi –me contestó.

–El maestro de ceremonias cambió el orden y va a echar a perder el espectáculo –continué diciendo y añadí–: o se remedia esto, o mañana me regreso a mi casa.

El empresario controló la situación y continuamos la gira, pero cuando faltaban tres plazas por cubrir (plazas le llamábamos a los poblados donde nos presentamos), empezaron a pagarnos nada más la mitad del sueldo. Al llegar a Reynosa nos dijo Fontuyen: “Les debo tres medios sueldos que les pagaré al regreso. Tuve que pagar a las personas que hacen la propaganda y que trabajan una semana antes que ustedes en cada plaza”. Yo me molesté, porque en todos los lugares a los que llegamos a presentarnos siempre estuvo lleno, así que decidí darle las gracias al empresario y nada más terminar la semana para en seguida regresarme. Lo mismo le dijeron los hermanos Cárdenas. Luego ellos me invitaron a recorrer los centros nocturnos de Reynosa en busca de trabajo. Como había estado mandando el dinero a mi casa, no tenía suficiente para regresar, así que acepté.

En la calle principal había hasta tres centros nocturnos en una sola cuadra, y en uno de ellos nos aceptaron a los tres, pero no me gustó porque estaba lleno de ficheras.

En la esquina de esa calle, en el Joe’s Place, se interesaron en mi trabajo. La dueña se parecía mucho a mi mamá y eso me dio

confianza, pero además me ofreció un cuarto para quedarme. Acepté y, en cuanto terminé la semana con el empresario chino, me presenté con la señora.

V. EN REYNOSA: JOE'S PLACE

La dueña me recibió con mucho gusto y me asignó mi cuarto. El lugar tenía una entrada muy amplia, con un saloncito y una barra muy grande en forma de media luna. En seguida, del lado izquierdo, había un salón grande, que era el restaurante, con un foro en el centro para la orquesta y puros ventanales al fondo con dos grandes puertas, en los extremos. La del lado derecho era para el personal y la del lado izquierdo conectaba con un patio muy grande donde se encontraban las habitaciones de los artistas. Ahí mismo tenían un pequeño zoológico que funcionaba por las mañanas hasta mediodía y que era visitado por muchas familias de norteamericanos.

En el zoológico tenían una pareja de leones, cuatro osos muy grandotes, guacamayas, changos y otros animales más pequeños. Al mediodía la orquesta tocaba música ambiental para las familias que pasaban a comer, y en la noche música para bailar y para la variedad.

Firmé un contrato por veintiocho días.

La dueña era mexicana y parecía el vivo retrato de mi mamá, sólo que más clara de color y de cabello castaño claro. Mi mamá era morena y de cabello muy negro. El esposo de la señora también era mexicano, muy alto, gordo y se llamaba José, por eso le pusieron al lugar "Joe's Place".

A la dueña le gustó mucho mi trabajo. Llevaba un repertorio muy amplio, cantaba *Flor de azalea*, *Sueño guajiro*, *Noches de Mazatlán*, *Óyela y cántala*, *Enamorado de ti*, *Negra consentida*, *Ven de Gonzalo Curiel*, *Rival*, *Mujer*, *Cumbancha*, *Veracruz* (y otras de Agustín Lara), *Viajera* y *Bonita* (de Luis Arcaraz), y muchas más.

Yo ya había agarrado experiencia para manejar al público, así que me fue muy bien, y con los músicos me acoplé sin problemas. A la dueña le gustaba platicar conmigo durante las tardes, había días en que me llamaba: “Ven, Lupita, te invito a comer”. Curiosamente, me comentaba que le gustaba mucho mi trabajo y mi persona porque me parecía a su hija, a la que tenía internada estudiando en una escuela de Estados Unidos; era alta y morena como yo.

Yo acostumbraba tomar una naranjada entre mis actuaciones de cada noche, y una vez, al acercarme a buscarla en la barra, la dueña agarró un vaso vacío, lo volteó y lo lanzó con la base hacia el frente. El vaso golpeó en la muñeca a un hombre que empuñaba una pistola y, al recibir el impactó, la soltó. Las personas de seguridad del lugar inmediatamente sometieron al sujeto y la señora me ordenó que me fuera a mi habitación. Se decía que había sido traficante de armas y que por eso sabía defenderse de esa manera.

Otras de las atenciones que la dueña tenía, fueron los pases por veinticuatro horas que me conseguía para que cruzara la frontera cada cierto tiempo. Me decía: “Lupita, puedes ir a McAllen a comprar, habrá rebajas”. Así que tuve la oportunidad de comprarme alguna ropa.

En otra ocasión, salí de mi cuarto para ir al pueblo a depositar una carta a mi mamá. Cuando iba a la mitad del patio, los meseros me gritaron: “¡Córrale, córrale!” y no dejaban de hacerme señas. Al voltear hacia atrás vi a un león fuera de su jaula que venía hacia mí. ¡Corrí lo más rápido que pude, entré y los meseros cerraron la puerta detrás de mí!

Resulta que a don José le gustaba sacar a los leones para que jugaran con él; se sentaba en el piso con los animalotes y pasaba un rato con ellos. Cuando los sacaban, cerraban todo con puertas corredizas de madera para aislar el gran patio del salón comedor. Los meseros me dijeron: “Siempre que salga de su cuarto, fíjese. Si ve cerrado todo con madera, es que los leones andan sueltos”,

y añadió otro de ellos: “Una vez se metieron al comedor, se subieron al estrado de la orquesta y jugaron con la batería haciéndola pedazos. Don José les aplaudía feliz, porque sus animalitos se divertían con los instrumentos de los músicos”.

A las tres semanas de estar trabajando allí, faltó el contrabajista de la orquesta. No se presentó al mediodía y en la noche no llegó, por lo que otro músico tomó su lugar. La verdad, aquello sonaba muy feo. La dueña se enojó mucho y regañó al director.

¿Crees, Lupita, que sea justo que si los trato bien, ellos sean tan irresponsables? –me preguntó.

–Si usted gusta, hoy yo toco el contrabajo en lugar de cantar porque me siento algo irritada de la garganta.

–¿Tocas el contrabajo? –preguntó sorprendida y le pareció muy buena idea.

De allí en adelante empecé a tocar con la orquesta. Al mediodía era la novedad, hasta los gringos se acercaban a tomarse fotos conmigo cuando me veían tocando el contrabajo.

La señora estaba muy contenta y me propuso que me quedara en la orquesta; ya había contratado a Lupe Silva para cubrir mi lugar en la variedad de la noche y yo podía quedarme tocando el tiempo que quisiera.

Cuando mi mamá supo que había pasado a formar parte de la orquesta, comenzó a mandarme cartas muy cariñosas cada semana pidiendo que me regresara, que mis hermanitos me extrañaban mucho, etcétera. Ella sabía que ése era mi lado flaco, así que le mostré las cartas a la señora para que buscara quien tocara el bajo. Ella me dijo: “Esto es chantaje, lo que aquí te escribe es chantaje”. Así, luego de casi seis meses, entre cantar y tocar con la orquesta, regresé a mi casa.

VI. EL REGRESO

Regresé muy feliz y muy repuesta. Mi mamá me recibió muy bien e inmediatamente me fui a la XEW para buscar trabajo. A los pocos días conseguí un contrato para ir a tocar al carnaval de Campeche. Mi mamá nada más movió la cabeza cuando le avisé. “Qué barbaridad, no tienes remedio. En una ida de ésas te vas a quedar por allá”, comentó.

Me fui a Campeche y el primer día, conforme a la costumbre, entramos a la guerra de anilina y todos los de la orquesta quedamos pintados con anilina blanca y negra.

Al día siguiente se reinauguró la estación de radio de la ciudad, y debido a que las hermanas Julián no habían podido cumplir el compromiso de ser parte del elenco, me invitaron a cantar en el festejo, con la presencia del gobernador y de un artista cubano, Cataneo, que resultó ser una persona muy sencilla y amable. Nos hicimos amigos y durante los siguientes días, después del trabajo, me acompañaba a mi hotel. Él era el cantante de la otra orquesta que tocaba en el carnaval. La amistad perduró por muchos años. Fue una gira muy bonita.

De regreso a la ciudad de México, me di a la tarea nuevamente de buscar trabajo como contrabajista, pero nada más conseguí una suplencia por tres semanas en el centro nocturno Las Mil y Una Noches, ubicado en la calle de República de Uruguay, donde una noche se armó una balacera. Los compañeros músicos me gritaron que me agachara y uno de los balazos se impactó justo donde yo estaba.

Pasaron las tres semanas y yo seguía con la intención de encontrar un profesor que me ayudara a mejorar mi ejecución de contrabajo. Un día, en la cafetería San José, en la mesa de junto unos músicos de la Sinfónica Nacional platicaban de lo apretado de sus horarios, sus compromisos con la radio y otras actividades como miembros de la orquesta. Al escucharlos, me acerqué y les pedí

permiso para sentarme con ellos. Les comenté que estaba muy interesada en conseguir un profesor de contrabajo, porque el último que había tenido era ejecutante de chelo y no de contrabajo. Me recomendaron a un profesor Robles, hermano de un laudero que se dedicaba a reparar contrabajos y otros instrumentos de cuerda, pero me quedó la inquietud de la Orquesta Sinfónica.

Varios días estuve pensando en la plática de los músicos, así que decidí ir a ver un ensayo de la orquesta. Me levanté muy temprano y llegué al Palacio de las Bellas Artes, donde ya había estado con el coro de la ópera. En la puerta posterior le pedí permiso al vigilante para que me dejara pasar y escuché todo el ensayo, dirigido por el maestro Carlos Chávez.

Me quedé en un rincón para no estorbar y pasar inadvertida, pues los ensayos eran en el foro del teatro. Al terminar, me acerqué al último contrabajista y le pregunté: “Oiga, ¿será muy difícil entrar a la sinfónica?”

VII. EL AMOR A LA MÚSICA

El contrabajista me contestó:

–Si usted estudió y está bien preparada, tal vez no.

–¿Y cómo le hago? –le pregunté.

–Mire, he visto que por allá arriba está el camerino del maestro Chávez. Solamente él puede decirle a usted si puede o no entrar.

Le agradecí al músico y vi que el maestro Chávez ya se estaba yendo, justamente en la dirección en que se encontraba su camerino.

Rápidamente traté de alcanzarlo. Detrás del maestro Chávez iba un señor chaparrito con un portafolios, yo continué corriendo. Entraron a un camerino y cerraron la puerta inmediatamente. Me fijé bien dónde era y toqué a la puerta.

Abrió el señor chaparrito, que luego supe que era el secretario del maestro Chávez.

–Es una señorita –dijo.

Adentro escuché la voz del maestro:

–¿Y qué quiere esa señorita?

–¿Qué se le ofrece? –preguntó el secretario.

–Quiero hablar con el maestro Chávez.

Me dejó pasar.

–Maestro Chávez, ando buscando un maestro de contrabajo, pero no lo he podido encontrar. ¿Me permitiría ser oyente en los contrabajos? Déjeme tocar en la sinfónica y así, a lo mejor, encuentro uno.

Se rio y me preguntó:

–¿Usted toca el contrabajo?

– Sí –le contesté y continué explicando–. Estuve tres años en la Escuela de Iniciación Artística número uno, un año en la nocturna del Conservatorio, pero tuve un maestro que me tuvo todo ese año estudiando únicamente la escala de do mayor.

Él me escuchaba y poco a poco se suavizó la expresión de su cara.

–Permítame, maestro, ser oyente de su sinfónica. Le prometo estar a la hora, no molestar, pero sí tratar de tocar lo que tocan aquí, y a la mejor encuentro un maestro de contrabajo.

–En los años que tengo de dirigir la sinfónica –me contestó riendo–, nunca había tenido un incidente como éste. La verdad, es usted muy original. Voy a hacer la excepción, pero se tiene que ir a estudiar al Conservatorio...

–¡Ay, maestro! –dije interrumpiéndolo–, ya fui al Conservatorio y no me quisieron aceptar por mi edad. Me dijeron que allí hay que entrar desde niños, y yo de niña estuve internada.

Y le conté cómo, en el internado, me habían dado mis primeras clases de contrabajo. Me escuchó muy atento y me dijo que haría la excepción, y le dio instrucciones a su secretario para que redactara un escrito para el director del Conservatorio, donde se le explicaba que yo tenía que estudiar allí para perfeccionarme en el

instrumento. No como principiante, sino para perfeccionamiento general.

–¿Y tiene contrabajo?

–No.

–Entonces, ¿cómo le va a hacer para estudiar?

–Lo compraré.

–Mientras compra su contrabajo, irá al Conservatorio, y cuando ya lo haya comprado, se viene a los ensayos. A las ocho de la mañana bajo la batuta, y a esa hora ya tienen que estar afinados y bien alertas para lo que tengan que tocar. Yo me encargo de avisarle al director de los contrabajos; al primer bajista –finalizó.

De allí salí muy contenta, pero pensando en que no tenía dinero para comprar mi contrabajo. Busqué a un compañero que tocaba en la orquesta de Luis Arcaraz, que era de mi edad y con el que platicaba ocasionalmente cuando él tenía tiempo.

Fui a la XEW, di con él y le pregunté dónde conseguía un contrabajo.

Me recomendó que fuera a la Casa Veerkamp, porque allí encontraría un buen instrumento y lo podía sacar en abonos. Aquélla era la tienda de instrumentos musicales más importante en la ciudad y desde entonces se encontraba en la calle de Mesones. Me hicieron el presupuesto para un contrabajo en abonos. Al salir, fui al hotel donde trabajaba mi mamá y le expliqué la situación. Me contestó que sí tenía para el enganche, pero me preguntó: “Ahorita no estás trabajando; ¿cómo le vas a hacer para las mensualidades?”

Le respondí que buscaría trabajo y que sacaría el compromiso adelante.

Así fue, al día siguiente tocaría en un lugar llamado La Floresta con Tommy Appleton. De allí me fui al Conservatorio con el escrito que me había dado el maestro Carlos Chávez. Me aceptaron para tomar dos materias por las tardes: solfeo y contrabajo. Estaba feliz y decidí quedarme de una vez para conocer a mis profesores.

Casualmente, mi profesor de instrumento era el maestro José Luis Hernández, primer bajista de la Sinfónica.

Como en el Conservatorio le prestaban a uno el instrumento para tomar la clase, me sentí contenta de iniciar inmediatamente mi preparación. El maestro comentó: “Así que usted es mi alumna... –luego continuó–: yo soy José Luis Hernández, primer contrabajista de la Sinfónica, pero aquí seré su profesor. Vamos a empezar de cero, hágame historia de lo que sabe tocar y cuál es su técnica”.

Le conté de un profesor que hacía que me pusiera un corcho entre los dedos para abrir mis posiciones y cómo el corcho salía volando y otras anécdotas. Él aclaró que ésa era la técnica alemana, pero que empezaríamos de cero, que hiciera de cuenta que nunca había pulsado el instrumento y que me enseñaría con la técnica italiana.

Me corrigió la posición de los dedos en la mano izquierda: debía juntar los dedos medio y anular al abrir la mano sobre el diapasón en lugar de separar los cuatro dedos. También me corrigió la forma en que sujetaba el arco, indicándome el modo adecuado de sostenerlo para tocar en conciertos.

–¿Quiere ser usted concertista? –me preguntó.

–¡Ay, maestro! A estas alturas lo que quiero es conocer mi instrumento y tocarlo bien en la Sinfónica –le contesté.

VIII. EL INICIO EN LA ORQUESTA SINFÓNICA NACIONAL

Así fue como empecé con el maestro José Luis Hernández, que era una linda persona, muy respetuoso y muy agradable. Era de Colima, de piel clara y ojos verdes, como mucha de la gente de allá, y peloncito.

Lunes, miércoles y viernes me tocaba contrabajo; martes y jueves, clases de solfeo.

Al día siguiente fui a mi primera clase de solfeo para conocer a mi maestro, el profesor García, una persona muy exigente, lo que fue de gran beneficio para mí.

La clase de instrumento era individual y la de solfeo, grupal.

Seguí con los pasos para adquirir mi propio instrumento y busqué al amigo que me había recomendado ir a Veerkamp. Se llamaba Víctor Manuel Pasos, pero entre los músicos todos se ponen apodos y le llamaban *el Vitillo*; era muy talentoso y desde muy joven tocaba el contrabajo.

Víctor me acompañó a comprar mi bajo. Lo escogimos. Me atendió el señor Javier Espinoza, quien también fue el encargado de cobrarme las doce letras de mi crédito. A lo largo de los meses, el señor Espinoza fue muy amable conmigo, porque hubo veces en que no completaba y él me decía: “¿Cuánto tiene?”; le decía yo la cantidad y él me respondía: “No se preocupe. Regresaré en unos días por lo demás, para que junte el dinero”.

A mí no me gustó que el bajo tuviera cuerdas de metal, porque para tocar con arco suena mucho mejor con cuerdas de tripa, que eran las que se usaban en aquella época; ahora son de nylon, y Víctor me dijo: “Si me regalas las cuerdas de metal, te cargo tu bajo hasta tu casa”.

Así fue, me acompañó a mi casa y subió el contrabajo hasta el departamento en el que yo vivía en un segundo piso. Así compré mi contrabajo, a veces pagando las letras completas, a veces en partes, con gran esfuerzo.

Ese día por la tarde le avisé al maestro Pepe Luis que ya tenía listo mi contrabajo y que podía ir a los ensayos de la Sinfónica. El maestro Carlos Chávez ya le había avisado sobre mi petición de asistir como oyente.

Al otro día le pedí a un joven vecino que me ayudara a cargar mi instrumento hasta el Palacio de las Bellas Artes, que no quedaba tan lejos de mi casa.

Ese día empecé a tocar con la Orquesta Sinfónica Nacional.

El cambio de técnica que me instruyó el maestro Pepe Luis fue muy difícil para mí, pues ya llevaba muchos años tocando de una forma distinta, además de que ya tenía tiempo de no tocar música clásica.

Puse todo mi empeño y le pedí al maestro Carlos Chávez que me autorizara un espacio en el Palacio de Bellas Artes para estudiar después de los ensayos. Llamó al jefe de personal de la Sinfónica y me dieron un lugar cerca de los baños de hombres; no olía muy bien pero era amplio.

Los ensayos eran de tres horas, empezaban a las ocho de la mañana y terminaban a las once, como hasta la fecha, y yo me quedaba a estudiar hasta la una de la tarde. Luego me iba caminando hasta la XEW, que son unas siete calles grandes, para conseguir trabajo en los fines de semana, ya que consideré que no podría con un trabajo diario.

Así estuve trabajando en los salones de baile sábados y domingos, con las orquestas que ya me conocían, y los viernes en eventos familiares. El dinero que ganaba en esos tres días no era suficiente, pero decidí seguir así.

Como al mes de estar estudiando después del ensayo, percibí que alguien me observaba. Era el maestro Carlos Chávez, y no supe cuánto tiempo llevaba allí. Yo había practicado mis escalas, mis posiciones y los estudios que me había dejado el maestro Pepe Luis. Todo lo escuchó el maestro Chávez y me dijo: “Señorita, la espero mañana después del ensayo en mi camerino”. La verdad, me quedé espantada. “Ahora sí me va a correr; ya no le gustó que esté aquí”, pensé yo. En la tarde se lo platiqué al maestro Pepe Luis, quien no creía que me fueran a correr y me deseó buena suerte.

Al día siguiente me presenté a la cita después del ensayo, el maestro Chávez me dijo:

—Mire usted, veo que le cuesta mucho trabajo la mano izquierda. No concuerda lo que hace con la historia que me contó acerca de que estuvo en la Sinfónica de la nocturna del Conservatorio, ni con todo lo demás que ha hecho.

–Maestro, el profesor del Conservatorio me acaba de cambiar la técnica, de la alemana a la italiana, y el brazo del contrabajo que compré está muy grueso. No alcanzo a abrir el dedo pulgar para dejar libres los otros dedos.

–¡Qué barbaridad! –comentó él y llamó a su secretario–. Hágame un cheque por cien pesos.

El asistente lo hizo, el maestro lo firmó y me lo dio:

–Mire usted, señorita, con este dinero lleve el contrabajo para que le rebajen bien el brazo, de manera que pueda trabajar mejor; ya después hablamos.

En aquel tiempo, para mí, cien pesos era mucho dinero. Llevé mi contrabajo con el señor Robles, que era famoso por arreglar instrumentos, ajustó el diapasón y lo dejó muy cómodo. Me cobró ochenta pesos. Mientras lo arreglaba, no dejé de ir a los ensayos. Me sentaba a un lado de la orquesta en lo que empezaba, y a la hora de tocar me paraba junto a los contrabajistas para leer lo que ejecutaban.

Cuando me entregaron el bajo, fui con el maestro Chávez y le dije que ya estaba listo. También le llevé los veinte pesos que habían sobrado.

–¿Y se echó usted el contrabajo al hombro para llevarlo al taller y luego de regreso para traerlo aquí cuando ya estuvo listo?

–No, lo llevé en un taxi. Pues que los veinte pesos sirvan para eso. Apúrese, porque quiero oírla tocar mejor.

El alma me volvió al cuerpo después de ese suceso. Seguí estudiando con mucho fervor bajo la tutela del maestro Pepe Luis, quien me ponía los pasajes más difíciles de la obra que se estuviera ensayando en la orquesta para que los estudiara y, con esfuerzo, los sacara bien afinados.

Una mañana antes de empezar el ensayo, pasó la persona encargada de poner los papeles con la música a cada uno de los atriles mientras yo afinaba mi bajo. Vi cuando colocó mi papel. Terminé de afinar y me volteé para ponerle pez (resina) a las cuerdas del

arco. En eso escuché el sonido de la batuta del director en el atril y vi que ya no estaba mi papel. Empezó el ensayo y yo sin partitura. Por disciplina, no podía ponerme a buscarlo entre los atriles de los demás contrabajistas.

Me senté en una de las tarimas de la escenografía, no aguanté y me solté a llorar sin consuelo. El ensayo continuó. En un momento en el que el director paró para repasar los violines primeros, se acercó el maestro Pepe Luis y me preguntó:

–¿Qué pasó con usted? No veo que esté tocando.

–Maestro, no tengo papel.

–¡Cómo que no tiene papel!...

–Yo vi cuando lo pusieron en el atril, pero cuando me volteé a preparar mi arco y regresé la vista para tocar, ya había desaparecido –le expliqué.

El maestro fue de atril en atril, revisando quién tenía el papel. Apareció en el del segundo contrabajista. Éramos nueve contrabajistas, y cada dos compartían un papel; solamente yo tenía uno para mí sola.

Al llegar el maestro al atril donde estaba mi papel preguntó:

–¿Por qué hay aquí dos papeles?

Uno de los contrabajistas dio un paso atrás, y el otro, de más de sesenta años, dijo:

–Yo fui.

–¡Cómo es posible! Tú empezaste cuando se formó la Sinfónica y tienes más de veinte años de ejecutante. ¿Por qué le quitaste el papel a la compañera? –le reclamó el maestro.

–Los papeles los necesitamos nosotros; como mi papel no se ve muy bien, me lo traje. Ella es oyente, no importa. Los que debemos tener bien los papeles somos nosotros.

El maestro Pepe Luis concluyó:

–Aquí quien manda soy yo; es una vergüenza que alguien mayor como tú le haga eso a una muchacha con entusiasmo. Si no te parece, habla con el jefe de personal. ¡Yo me llevo el papel!

El maestro me lo llevó, me pidió que me tranquilizara y que pusiera toda mi atención.

–No haga caso de lo que le digan o lo que le hagan; todo lo que le pase me lo comunica y yo lo resolveré.

Cada cierto tiempo, el jefe de sección hacía “talacha” con los ejecutantes de su área y depuraban las partes de la obra que se estaba ensayando. El jefe corregía los errores de los músicos y mi maestro, como jefe de sección, me corregía por las tardes, durante mi clase. Con frecuencia me comentaba: “Si sigue como va, quiero que algún día haga lo que yo hice: le quité el lugar a mi maestro”. Entonces me contó cómo había llegado al Conservatorio tocando el violín para hacerse concertista, pero que enfrente de su clase estaba la clase de contrabajo. Cuando su maestro de violín faltaba, él se metía a la de contrabajo, y así siguió hasta que cambió de instrumento. Terminó su carrera como contrabajista, y al hacer su examen para entrar a la Sinfónica obtuvo el primer lugar, es decir, el lugar de primer contrabajista que tenía su maestro del Conservatorio.

“Quiero que usted, algún día, me quite mi lugar, que ocupe el lugar de primer contrabajista”, me dijo mi maestro Pepe Luis.

IX. EL SENDERO DE LA MÚSICA

Seguí yendo a los billares para conseguir trabajo los fines de semana, y Lupe López me invitó a tocar en su orquesta. Uno de tantos fines, cuando estábamos tocando en el salón de baile Los Ángeles, en uno de los descansos tuve un suceso con un compañero.

Estando yo de espaldas, me llamó. Al girarme, me plantó un beso en la boca. Agarré el arco del contrabajo y le pegué con fuerza en el cuello. Como consecuencia del golpe, se cayó tirando los saxofones y las trompetas.

El compañero se molestó tanto que me mandó al “secre” (así se le llama al que ayuda a cargar y a acomodar los instrumentos), con la amenaza de que a la salida me golpearía para mandarme al hospital. Le contesté al “secre” que pulsara mi bolsa. En aquel tiempo se usaban los pesos de plata y yo llevaba varios y una polvera de metal. Cuando pulsó mi bolsa y la sintió pesada, le comenté: “Imagínate lo que cargo allí adentro. Así que dile que si él me va a esperar, yo estoy preparada para defenderme”. Al terminar el trabajo salí con mucho temor, pero no había nadie esperándome afuera.

Se corrió la voz de que yo cargaba pistola para defenderme.

Seguí tocando en la orquesta de Lupe López y allí conocí a su hermano Alvarito, un extraordinario baterista, casi un niño, que después fue reconocido internacionalmente por su virtuosismo para tocar los platillos; trabajó mucho tiempo con los hermanos Castro.

Entre las cosas que me sucedieron en la búsqueda de trabajo, recuerdo la vez en que solicité ser *crooner* (cantante) de la orquesta de Ismael Díaz. Cuando fui a hacer la prueba, el maestro Díaz me dijo que yo cantaba bien, pero que tenía que ir a cenar con él para ser aceptada. No fui, y al día siguiente se lo conté a un amigo con el que había grabado varios *jingles* (anuncios musicales para radio). Él era el baterista de Gabilondo Soler y me recomendó que fuera a hablar con *Cantinflas* para conseguir una recomendación y así tener más trabajo de cantante, puesto que Mario Moreno era muy buena persona.

Al día siguiente, al salir del ensayo de la Sinfónica, en lugar de quedarme a estudiar fui a las oficinas del señor Moreno. Me recibió muy amablemente, me preguntó qué se me ofrecía y le solicité, si era posible, una carta de recomendación para trabajar en alguna de las estaciones de radio. Le conté mis experiencias como cantante: que gané dos veces el concurso de aficionados, mis giras, el trabajo en carpas, etc. Me dijo que tenía un amigo

en la XEQ y me dio una carta membretada con su logotipo de *Cantinflas*. La llevé a la estación de radio, pero me topé con que el evaluador de los prospectos para cantantes era Ismael Díaz. No me aceptaron.

Por ese tiempo –finales de los cuarenta y principio de los cincuenta–, llegaron muchos cubanos a México; buenos músicos, cantantes, artistas, escritores y otros que no sabían hacer nada. Entre los músicos venía un magnífico bajista: Kané, que formó su orquesta con Yeyo como su intérprete; Beny Moré, que hizo época con sus interpretaciones; Olga Guillot, Pérez Prado y Celia Cruz, entre otros. Entre los ejecutantes vino Juan Bruno Tarraza, quien además acompañó al piano en sus éxitos a María Victoria, a Olga Guillot, a Toña *la Negra*, a Amparito Montes y a otras muchas.

De Pérez Prado se decía que llegaba a los ensayos tarareando la idea, la melodía o el arreglo que tenía en mente y que sus músicos, que eran mexicanos, ordenaban sus ideas y las plasmasaban en papel, y de allí resultaron sus famosos mambos.

En una de mis visitas al café de la XEW, me abordó un joven muy moreno, veracruzano, a quien apodaban *el Morado* (así estaba de negrito), y me invitó a salir al cine con él. Tramposamente, le dije que si mi mamá me daba permiso, iría con él. Cuál no sería mi sorpresa cuando, al llegar a la casa, mi mamá me dijo que la había ido a buscar un “negrito” muy curioso para pedirle permiso de llevarme al cine y que, como le cayó bien, se lo dio. De allí nació una buena amistad entre *el Morado* Javier y yo. Él trabajaba en el teatro Blanquita tocando con Pérez Prado, y entre las variedades íbamos al cine cercano. Me sorprendió muchísimo que mi mamá me dejara salir con él, pues aun siendo una morena michoacana, discriminaba a los negros.

En esa época trabajé en la XEQ en la Lira de San Cristóbal, una orquesta chiapaneca de cuerdas, marimba y salterio, lo que me recordaba mis inicios en la orquesta típica. Tocábamos música muy bonita y mucho más sencilla que la de la Sinfónica. Salíamos

al aire quince minutos, pero teníamos que estar media hora antes del programa para ensayar.

A veces, al terminar entraba un pianista que acompañaba a un cantante que empezaba, y me pedía que supliera al bajista de su grupo. El muchacho era Javier Solís. Luego, por presiones de la Sinfónica, dejé el programa.

Al acercarse la temporada de conciertos de la Sinfónica, se hicieron más frecuentes las “talachas”, y mi maestro Pepe Luis me indicó que, aunque era oyente, tocaría en todos los conciertos, y que con esa temporada me calificaría. “Ponga mucha atención en cada movimiento de cada obra, porque sobre esos pasajes formularé el cuestionario para calificarla en la escuela. Deberá distinguir entre *Allegro*, *Adagio*, *de Fortissimo a Piano o Pianissimo*.”

En la Sinfónica me encontré a antiguos maestros y a extraordinarios músicos: como la concertino (primer violín), que era una francesa. En los contrabajos, en el primer atril estaba el concertino; mi maestro Pepe Luis y el maestro Harry. En el segundo atril estaba aquel señor que me escondió el papel y otro viejito. En el tercer atril estaba el maestro Maximino, a quien todos llamábamos *Chimino*, muy buen compañero, me prestó mucho material para estudiar y a veces estudiaba conmigo; y en ese atril también estaba el maestro Miguel. En el siguiente atril estaba un compañero que siempre llegaba tarde y le llamaban *el Tribilín*, junto con otro del cual no recuerdo su nombre. Finalmente, en el último atril estábamos el maestro Raúl y yo; él siempre me apoyaba cuando yo tenía algún problema en el papel. Fui muy afortunada, pues siempre tuve quien me ayudara en esa época.

Mi mejor amigo fue Gildardo Mojica, que era considerado un extraordinario flautista. Era tan joven como yo y platicábamos durante los descansos. Curiosamente, luego de muchos, muchos años, cuando mi hijo Eduardo me llevó al Palacio de las Bellas Artes a un concierto de la Sinfónica, me volví a encontrar con mi amigo, ya con siete hijas ejecutantes de diversos instrumentos musicales.

Durante el año de 1951 fui de oyente a la Sinfónica. La historia era la misma: a las ocho al ensayo, luego me quedaba a estudiar y después, como conseguí empleo en una orquesta en la XEQ, que estaba cruzando la Alameda central, me iba a trabajar. Después iba al Conservatorio y, finalmente, de regreso a Bellas Artes a seguir estudiando. Llegué a estudiar ocho horas diarias.

En ocasiones, cuando ya era noche, mi mamá me iba a buscar, ya la conocían en la entrada. Cuando ella preguntaba por mí, nada más le decían: “Siga usted el runrún y allí encontrará a su hija”.

Fue una época de grandes creadores. Los funcionarios de aquel tiempo eran: director del INBA, maestro Carlos Chávez; jefe del departamento de Música, Luis Sandi; jefe del departamento de Teatro y Literatura, Salvador Novo; jefe del departamento de Danza, Miguel Covarrubias; jefe del departamento de Arquitectura, Enrique Yáñez; jefe del departamento de Producción Teatral, Julio Prieto, entre otros.

X. LA SINFÓNICA Y MÁS ACONTECIMIENTOS FAMILIARES

A manera de complemento para mi preparación, el maestro Chávez mandaba pases para que asistiera a los conciertos de la Sinfónica y así viera cómo se desarrollaba el trabajo.

Un día, el compañero contrabajista junto al que siempre me ponía (el último), me dijo: “Fíjese, Lupita, que me voy a vivir al norte. Me gustaría que se quedara con mi lugar”.

Afortunadamente así fue. A los pocos días me llamó el jefe de personal y me dijo: “Como se retira un compañero contrabajista, el maestro Carlos Chávez dio instrucciones para que ingrese a la Sinfónica con el nombramiento de profesor B”.

¡Yo estaba muy feliz!

Por consejo de mi abuelita, cuando recibí mi primer cheque, a mi mamá nada más le di la mitad, y la otra mitad la guardé para

mis gastos personales. Mi mamá se enojó muchísimo y me dijo: “No tienes por qué hacer esto; de sobra sabes que yo distribuyo el dinero”, pero me mantuve y le dije que de allí en adelante así sería. Desde entonces, mi abuelita me cuidaba el dinero sobrante detrás de un cuadro de la virgen de Guadalupe que tenía colgado en la pared, y que mi hermana Lucha me hacía el favor de guardar allí.

Me indicaron los papeles que necesitaba llevar para que hicieran mi afiliación, pero me topé con una gran sorpresa: ¡no tenía acta de nacimiento! ¡No estaba registrada!

Fui a buscar a mi papá para que me ayudara; yo sabía dónde trabajaba. Me dijo que él no tenía tiempo. Le ofrecí cincuenta pesos y lo cité con mi mamá en el Registro civil para hacer el trámite, solamente así pude obtener mi acta.

Así empecé como titular en la Orquesta Sinfónica Nacional.

Mi abuelita vivía con mi tío Jesús, hermano de mi mamá que trabajaba en la Compañía de Luz metiendo líneas de un poblado a otro, por lo que estaba fuera de su casa durante mucho tiempo, desde unos días hasta varias semanas.

En una ocasión regresó a su casa a mediodía y su mujer no lo dejó entrar. En eso se escuchó la voz de un hombre que venía de adentro preguntándole a la mujer quién estaba a la puerta. Mi tío se enojó, sacó una navaja e intentó meterse a sacar al hombre, pero su esposa trató de impedirselo. Forcejearon, ella interpuso una mano y la navaja le causó una gran herida. Como era una vecindad, se hizo un gran escándalo. Aquel hombre huyó en paños menores, llegó la policía y metieron a la cárcel a mi tío. Mi abuelita quedó deshecha.

Mi mamá estuvo visitando a mi tío en la cárcel, que en aquel tiempo estaba en el Palacio de Lecumberri. Un día me dijo que necesitaba que fuera como testigo para un careo al que iban a someter a mi tío. Pedí permiso al jefe de personal de Bellas Artes,

y ni siquiera a mi maestro Pepe Luis le dije la razón. Simplemente argumenté que tenía un problema familiar muy serio.

En los juzgados acudimos dos testigos por parte de la defensa de mi tío y dos por parte de su mujer, que se llamaba Hermenegilda. Con lo que yo conté quedaron bastante claras las cosas. Años atrás, cuando mi mamá me había dado una paliza, me refugié un tiempo con mi abuelita, que vivía con mi tío Jesús y con su esposa.

Cuando mi tío no estaba, Hermenegilda salía largo rato argumentando que iba a comprar pan. Efectivamente, regresaba con enormes cantidades de pan que no nos acabábamos. Uno de esos días ella me dijo: “Lupita, cuando el hombre no te da lo suficiente para la casa, uno tiene que salir a buscarlo y, Dios me perdone, es lo que estoy haciendo”.

En otra ocasión, mi tío y su mejor amigo estaban sentados jugando dominó, y Hermenegilda y yo los mirábamos. En eso, por debajo de la mesa, el amigo de mi tío intentó tocarme la pierna. Cuando sentí su mano, me levanté de allí y me alejé. Luego le conté a mi tía y ella comentó: “¡Este bruto se equivocó!”

Así lo narré en los juzgados y no hubo manera de que los testigos de Hermenegilda pudieran desacreditar mi dicho. Sin embargo, debido a la agresión y a que la mano de la mujer quedó con los tendones lastimados y ya no podía estirar los dedos, a mi tío le impusieron una fianza muy alta.

Yo no hallaba qué hacer para conseguir el dinero. Le platicué a mi maestro Pepe Luis que mi mamá tenía una deuda muy grande que tenía que pagar y que lo que yo ganaba a la quincena no alcanzaba. Él me dijo: “Aquí hay un maestro, de los viejos, que es agiotista; usted le firma un papel y él le prestará lo que necesite. Eso sí, los cheques enteritos se los tendrá que ir dando hasta liquidar el préstamo y los intereses”. Lo consulté con mi mamá y ella estuvo de acuerdo; queríamos sacar a mi tío cuanto antes de Lecumberri.

El compañero referido era un violinista. Le pedí el dinero y le firmé el documento. Así le fui dando quincenas de mi salario para

pagar la deuda. Salió libre mi tío, pero tanto él como mi abuelita se quedaron a vivir con nosotros porque él perdió su empleo. Para mí eran más bocas que alimentar. Mi abuelita, muy agradecida, me dijo: “Hija, todo esto Dios te lo va a pagar; con tus hijos, si alguna vez tienes: ellos siempre te van a amar”. ¡Cuánta razón tenía aquella hermosa viejita!

XI. CONCIERTOS Y DESCONCIERTOS

Mientras pagaba la deuda contraída con el compañero violinista, no me quedé totalmente sin dinero porque en la orquesta hacíamos “servicios” muy seguido. Al presidente de la República, Miguel Alemán, le gustaba mucho la música clásica. De hecho, él pertenecía al comité honorario de la Orquesta Sinfónica Nacional, y cada vez que llegaba al país un funcionario extranjero importante, se le ofrecía un concierto. Esos eran los servicios y nos los pagaban extra. Además, también estuve trabajando cada fin de semana en la música popular.

Cierta vez que estábamos en una de las “talachas”, se acercó uno de los compañeros que tocaba el violoncello. Él era italiano y me dijo: “Lupita, vengo a proponerle que se case conmigo para poder regularizar mis papeles y así iniciar mi nacionalización”. Antes de que yo pudiera decir nada, mi maestro Pepe Luis se le acercó, lo increpó con malas palabras diciéndole que mejor se hubiera quedado en su país, que dejara de molestarme y que se largara a otro lado.

Continué tocando en las temporadas de conciertos, con mis estudios en el Conservatorio y el trabajo que conseguía por fuera para ayudar a mi familia.

No recuerdo cual fue la primera obra que toqué como titular de la orquesta, pero me esperaban experiencias maravillosas y retos que superé. Poco a poco fui mejorando en la ejecución del

instrumento y recibiendo el reconocimiento de mi maestro y del propio Carlos Chávez.

También tocamos en la boda del presidente Alemán, como música de ambiente. Debido a que no había orquesta para la ópera, también tocábamos en las temporadas de ópera y ballet, pero como no cabía la orquesta en el foso del teatro principal del Palacio de las Bellas Artes, se repartían los lugares para un miembro de la Sinfónica y otro para la orquesta de la Universidad.

Cierta vez que la orquesta iba a tocar en la ciudad de Monterrey, el vuelo que llevaba todos los instrumentos, junto con el encargado Ramoncito y un compañero bajista que no alcanzó lugar en el vuelo comercial donde viajaban los demás músicos, se cayó. Se perdieron todos los instrumentos, murió Ramoncito y Miguel, el compañero bajista, resultó casi ileso con leves heridas.

La plaza de encargado de instrumentos la heredó el hijo de Ramón, del mismo nombre. Nos cobraba una pequeña cuota a cada uno de los músicos por trasladar y tener todo listo en los lugares donde fuera a tocar la orquesta.

Al año siguiente, después de la temporada de conciertos, llegó a México el maestro Igor Stravinski, quien el 8 de agosto de 1952 dirigió la Orquesta Sinfónica Nacional que interpretó su obra *El pájaro de fuego*.

El pájaro de fuego nos dio problemas a todas las secciones de la orquesta. Los ensayos los dirigía el maestro Moncayo, pero no se entendía lo que tocábamos, hasta que llegó a dirigirnos su autor. Cuando Stravinski tomó la batuta, nos descifró nota por nota. Parecía que con esas grandes manos que tenía y con la batuta nos llevaba de la mano hasta donde quiso.

El programa del 8 de agosto de 1952 fue el siguiente:

Zarabanda sinfónica y *La hija de Cólquide*, de Carlos Chávez.

Sinfonía número cinco en do menor, de Beethoven, dirigida por el maestro Carlos Chávez.

Intermedio

El pájaro de fuego, dirigida por el maestro Igor Stravinski.

Fue una experiencia maravillosa. Aquella hermosa sala de Bellas Artes estaba repleta y muchas personas quedaron paradas en los pasillos laterales porque querían escuchar y ver al maestro Igor Stravinski dirigir su obra.

Ahora, más de cincuenta años después, una compañera del coro de la iglesia donde canto cada domingo me cuenta que ella fue a ese concierto. Me describió cómo logró que le pusieran una silla extra porque ella quería ver a Stravinski. Coincidencias de la vida...

En esa temporada se reestrenó el *Huapango* de Pablo Moncayo. Fue el concierto del décimo aniversario del estreno del *Huapango*; esta vez dirigido por el propio compositor. Durante los ensayos el maestro Chávez se sentaba en una de las butacas del centro de la sala principal de Bellas Artes y, desde allí, aconsejaba al maestro Moncayo durante los ensayos de su obra: “¡Ponle corazón, Pablo! Es tu obra”, llegó a comentarle. También fue un concierto maravilloso.

En contraste con lo anterior, en ese mismo tiempo nos pidieron, a todos los habitantes de la vecindad en la que yo vivía, que la desalojáramos porque la iban a demoler. Los vecinos nos organizamos y demandamos. A partir de entonces depositábamos la renta en los juzgados, pero cuando había audiencia, cada inquilino tenía que pagar doscientos pesos, que para mí era mucho dinero.

Para mi buena suerte, en una de las cafeterías de la calle de Ayuntamiento donde nos reuníamos los músicos, me invitaron a trabajar en un cuarteto para inaugurar un lugar muy elegante, estilo francés, que se llamaría Tullerías. Tenía dos niveles: en la primera planta había mesas pequeñas, piso totalmente alfombrado y, al fondo, una pista de baile con el cuarteto de músicos. En la planta

alta estaba la cantina, con espacio para fumadores, mesitas y un piano. Había otra sala con una mesa muy larga, una pequeña cantina y un piano, que era el lugar donde se reunían los políticos; ahí no podía entrar nadie sin autorización del gerente. Todos los salones estaban alfombrados, muy elegantemente decorados y con cuadros de pintores franceses de todas las épocas.

Al director del cuarteto le pidieron que integrara un repertorio con música francesa, pero como estaba en la Sinfónica y en la escuela, no podía asistir a los ensayos. Lo que hacía era llegar media hora antes de entrar a trabajar y estudiar hasta donde me alcanzara el tiempo lo que se iba a tocar.

El gerente del lugar también era réferi en las peleas de la Arena México, y nos platicaba que salía a correr diariamente a las cinco de la mañana para aguantar el ritmo de las peleas.

El cantante del cuarteto era un cubano que luego fue miembro de una orquesta que alcanzó fama, la Batachá. Me fue muy bien allí, incluso llegué a cantar en la sala pequeña acompañada por el pianista durante mis descansos del cuarteto. Desafortunadamente el director del grupo quiso propasarse conmigo, y cuando esto fue más evidente, renuncié.

El desgaste físico durante todo ese tiempo fue mucho. Tenía ensayo con la orquesta a las ocho de la mañana, escuela por la tarde y trabajo en el club de nueve de la noche a dos de la mañana, diariamente. Mi mamá insistía en que me veía muy cansada, así que un día me compró un paquete entero con cajetillas de cigarros Pall Mall para que me fumara un cigarro diariamente al salir de trabajar. Según ella, el humo caliente me protegería la garganta y me ayudaría a recobrar la energía. Aunque traté de seguir su consejo, no pude adquirir la costumbre. En una ocasión me puse a fumar al parejo de mis compañeros y se me fue el humo para no sé dónde; sentí que me asfixiaba. Me llevaron a la cocina del Tullerías para darme agua, pero no pude recuperarme. Me llevaron a mi casa y no pude dormir. Allí terminó mi intento.

Trabajando en ese lugar, llegó como cliente una maestra de canto que tuve en la Escuela de Iniciación Artística. Me contó que mi único novio, con el que había durado años y que se fue cuando mi mamá le negó mi mano, se había casado en la ciudad de Monterrey. Ella fue testigo de nuestra relación durante mi estancia en dicha escuela.

También durante ese tiempo, una vez que llegaba a mi casa en la madrugada luego de salir de trabajar cargando mi contrabajo, me detuvo una patrulla. Los policías intentaron llevarme a la comandancia argumentando que me había robado el instrumento. No sé de dónde aparecieron varias mujeres, entre ellas una negra alta y fornida, y empezaron a defenderme. Se les fueron encima a los policías y los patrulleros tuvieron que huir.

En mi familia ya se vivían muchos cambios: mi hermana Martha (la que seguía de mí) ya estaba en el Politécnico, iba a la biblioteca o a hacer trabajos en equipo, e incluso hacía trabajos escolares para sus compañeros por dinero. Mi hermana Rosa y mi hermano Elías ya eran unos jovencitos, uno en la Marina y la otra en la Normal. Luz María (Lucha) tenía dieciséis años, y Margarita estaba terminando la primaria con excelentes calificaciones, pero como era dos años más chica de la edad reglamentaria, tuvo que esperar un año para que le entregaran su certificado. Debo confesar algo que me causa mucha tristeza: mi mamá tenía debilidad por las personas rubias o de piel blanca. Mi hermana Luz María era así, a diferencia de las demás hermanas que fuimos morenas, y siempre le toleró todo. Entre otras cosas, solía ponerse mis uniformes de trabajo, lo que me causaba problemas con el director del cuarteto y con el gerente del Tullerías, porque a veces no estaba mi uniforme e iba vestida diferente al cuarteto. Aunque la acusara con mi mamá, no le decía nada.

XII. ADIÓS AL MAESTRO CARLOS CHÁVEZ

Además de los conciertos, teníamos ópera, y por primera vez la gran soprano María Callas vino a México, y con ella, Giuseppe di Stefano.

Di Stefano cantó *Rigoletto*, y la soprano mexicana Irma González, *Madame Butterfly*, con gran éxito; era excelente.

María Callas cantó *Tosca*, que fue el último concierto. Cuando ella actuaba, en el extremo izquierdo del escenario le ponían una mesita redonda con un mantel de terciopelo, un vaso, una jarra de cristal con agua y un tazoncito con sal. Cada vez que la Callas se acercaba por el lado ciego del público, la asistente le daba el vaso de agua con sal y ella bebía un sorbo. Cuando vino a México estaba algo pasada de peso, pero era alta y su voz era potente con unos agudos impresionantes. Esa temporada de ópera fue memorable.

Al finalizar el año de 1952, terminó el mandato del presidente Miguel Alemán y al mismo tiempo renunció a la Orquesta Sinfónica Nacional el maestro Carlos Chávez.

Se le organizó una gran despedida en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes, con un concierto en el cual tocó la Orquesta de Cámara dirigida por el maestro Herrera de la Fuente, ejecutando puras obras del maestro Chávez.

Después tocaron los maestros Revueltas y Blas Galindo. Para cerrar con broche de oro, todos los miembros de la orquesta firmamos un gran pergamino e hicimos cola para abrazar al maestro Chávez. Cuando fue mi turno, me dijo: “Estoy orgulloso de usted”.

Uno de esos días, al llegar a casa, mi mamá maltrataba a Lucha, que tenía unos dieciséis años, pues resultó que estaba embarazada. El responsable era el hermano menor del licenciado para quien ella trabajaba.

En contra de la voluntad de mi mamá, fui a reclamar, pero me dijeron que él ya le había hecho lo mismo a otra muchacha.

No me quedó más que buscar cómo ayudar a mi hermanita. La llevé con un ginecólogo de la ANDA, pero el costo por su atención era exorbitante: tres mil quinientos pesos, más las consultas; una fortuna en aquellos tiempos.

Para ese tiempo, finales de 1952 y principios de 1953, yo ya tenía mucho trabajo y por fin me sentía más aliviada económicamente. Seguía asistiendo a las cafeterías cercanas a la XEW, donde ya se habían instalado diferentes puestos en las banquetas: de tacos, de tortas, de periódicos y, en especial, dos puestos de dulces y cigarros; uno en cada esquina de la cuadra de la estación.

Al pasar por uno de ellos, el señor que lo atendía siempre me decía: “Adiós, Lupita”. A mí me caía muy mal, por lo que ni siquiera volteaba a ver quién me saludaba. Eso sucedía cada vez que pasaba por allí.

Yo tenía un compañero que una vez me defendió en el trabajo en el centro nocturno El Patio y, desde entonces, nos decíamos “hermanos”. Él me comentó respecto al saludo: “Ese puesto es de un muy buen músico campechano llamado Ángel Cu, y el del otro extremo de la calle también es suyo”.

Después de salir del Tullerías y descansar unos días, entré a trabajar en el cabaret Bremen, que estaba en la avenida Hidalgo, con la orquesta de un músico a quien le decían *el Ford*. Estaba cerca del jardín de San Fernando y de mi casa, por lo que me iba caminando a lo largo de la Alameda Central. En esa orquesta había un trompetista que era entrenador de judo en el Sindicato de Músicos, y le decían *el Lucas*, porque a la una o dos de la mañana se iba a correr, alrededor de la Alameda, la media hora que duraba el descanso. Llegaba sudando y con el saco en la mano. Los compañeros le preguntaban a manera de choteo: “¿Por dónde te fuiste? ¿Por Madero, del lado de las muchachas, o por donde están los muchachos de manita caída?” *Lucas* se reía y contestaba: “Me fui por en medio”.

En el piano estaba un compañero que siempre llegaba tarde, cuando ya habíamos empezado a tocar. Desde la puerta, caminaba muy rápido y nada más le volaba la corbata de colores muy chillantes. Se llamaba Ángel Cu León.

En ese cabaret había dos orquestas, como casi en todos, y también había muchas ficheras muy jovencitas. En mis descansos me cruzaba a tomar café en una cafetería muy bonita que estaba enfrente y que tenía una rocola de las más modernas en ese tiempo y que tocaba música selecta, como *Un americano en París*, *Intermezzo* y *blues* muy bonitos.

En una ocasión, al ir de regreso al cabaret me salió de la oscuridad una persona de la cual nada más vi su figura: chaparra, gorda, con una melena blanca, y que me ladró. Me espanté y corrí hasta el cabaret. Cuando les conté a mis compañeros, se rieron mucho y me preguntaron: “¿No conocía usted al *Fantasma de la Ópera*?” Y luego me explicaron: “Es una mujer mayor que vende su cuerpo desde hace muchos años, pero por su edad ya cobra muy poco y sus clientes son casi todos jovencitos que no pueden pagar más. Cuando se le acerca una mujer joven, la espanta con ladridos”.

Todos los compañeros de la orquesta sabían que me iba los dos primeros descansos a la cafetería, y una noche, al llegar, la muchacha que la atendía me dijo:

–Su café ya está pagado.

–¿Quién lo pagó?

–El señor que está sentado en el rincón.

–No acepto que nadie me pague lo que me tomo, aunque sea un compañero –le aclaré... y me salí sin tomar nada.

Ese señor era el pianista Ángel.

Esa noche, al verme regresar tan pronto, mis compañeros me invitaron a jugar dominó con ellos, pero como casi siempre me ganaban mis centavos, les dije que prefería gastármelo en café y regresé a mi costumbre de ir a la cafetería.

XIII. ÁNGEL CU LEÓN

El piano tenía un espejo a lo largo del cabezal (la tapa del teclado) que, aunque no era muy ancho, le permitía al pianista mirarme. Cuando llegábamos a tocar un pasaje difícil para el bajo, él ejecutaba con su mano izquierda notas para apoyarme. Ya todos se habían dado cuenta de que yo le interesaba.

Los domingos yo trabajaba en el salón de baile La Floresta. No sé cómo se enteró, pero uno de esos días me avisaron: “Lupita, la buscan”. Enfrente del estrado de la orquesta, muy derecho, con una gran sonrisa y ojos pícaros, estaba parado Ángel Cu, el pianista del cabaret.

Como ya había terminado, bajé del estrado. Él se acercó y me preguntó: “¿Acepta usted que la lleve a su casa?” Tajantemente le contesté que no.

Ángel era chaparrito, gordito, pero caminaba muy derecho y con gran seguridad. Tenía una bella sonrisa, los ojos color miel y se le hacían un par de hoyuelos al sonreír. Sus manos eran fuertes y muy diestras en el teclado. Muy honrado, le molestaban las injusticias y, sobre todo, era muy trabajador.

Al siguiente domingo se presentó de nuevo, y al siguiente, pero en esa ocasión un compañero me solicitó que compartiéramos taxi. Como eso se acostumbraba, acepté. El compañero Ángel Cu también se apuntó.

Como llevaba mi contrabajo en el taxi, quedaba atravesado a lo largo de la cabina. Al ser tres pasajeros, uno tenía que ir debajo del instrumento. El compañero que me había hecho la propuesta, comentó: “Uno de los dos deberá viajar agachado”. Ángel se ofreció rápidamente.

Así siguió conmigo muy atento. Yo lo rechazaba constantemente, pues tenía demasiados problemas en mi casa como para hacerle caso. Además, lo veía demasiado viejo para mí.

Me enfermé de la garganta y le pedí a *Lucas* que me acompañara a la farmacia, que estaba en la calle de Mina. La Central cerraba

hasta la medianoche, pero para llegar a ella había que atravesar el jardín de San Fernando que, a esa hora, estaba muy solo. *Lucas* no quiso porque se iba a correr. Se lo pedí a otros compañeros, pero se negaron. Entonces Ángel comentó: “Aunque a mí no me invitó, yo la acompaño”. Acepté.

Todo el camino me hizo plática y yo no le contestaba, además me dolía mucho la garganta. Al llegar a la farmacia solicité unos “Amiorales” (que se recetaban para flemas). La encargada me preguntó para qué los quería. Le expliqué que tenía infección en las anginas y me recomendó otra medicina, pero no me alcanzaba el dinero, así que insistí en los “Amiorales”. Cuando la empleada me dio el medicamento, se me cayó. Nos agachamos los tres y, al levantarme, noté que debajo de mi falda había un papel hecho bola. En ese tiempo se acostumbraba la crinolina, así que mi falda había tapado el papel.

Ya de regreso, comencé a estirar el papel y descubrí que era un billete de cien pesos (mucho dinero en ese tiempo). Entonces le comenté a Ángel que me lo había encontrado. “¡Cómo no me lo encontré yo estando tan cerca de usted. Con eso mejor se hubiera comprado la otra medicina”, me respondió.

Así empecé a tener amistad con él. Con su tenacidad, acepté que me acompañara a mi casa después del trabajo. Le causaba gracia que yo tocara la puerta del zaguán con un ladrillo, pero era porque ya habían empezado a demoler la vecindad, todo el primer patio. Quedábamos pocos inquilinos; unos diez, que éramos los que nos habíamos amparado y que depositábamos la renta en el juzgado.

En nuestras caminatas me fue contando de él. Los puestos que estaban afuera de la XEW los atendían él y su esposa, pues era casado. Tenía un hijo al que quería mucho, pero que no lo dejaban verlo.

Cuando mi mamá se dio cuenta de que casi diario me acompañaba Ángel, empecé a tener problemas muy fuertes. A pesar de que le dije que era solamente un amigo, que era casado, que no

me interesaba andar con casados y mucho menos con un músico, todo ese tiempo mi mamá se la pasaba mirándome la panza.

Yo tenía amistad con un músico, José Méndez, que a veces me llamaba a tocar en misas. Un día me invitó, junto con otros compañeros, a una reunión por su aniversario de bodas. Le pedí a mi mamá que fuera conmigo.

Al poco tiempo, José Méndez me citó en la XEW porque quería hablar conmigo. Acudí extrañada, ya que siempre me llamaba a trabajar con él por vía telefónica. Me dijo que estaba apenado por lo que me iba a decir, pero que mi mamá estaba muy preocupada por mí. Lo buscó para preguntarle si yo andaba con alguna persona o si sabía si estaba embarazada (en aquel tiempo, una pregunta así de un señor mayor a una joven era un asunto muy incómodo).

“De inmediato le dije a su mamá que yo no sabía nada y que para mí usted es una persona intachable”, remató.

Me quedé petrificada. Nada más pude contestar: “¿Hasta dónde va a llegar mi mamá? Todo lo que ella supone es mentira; nada más porque un compañero me acompaña a mi casa cuando salgo de trabajar del cabaret Bremen... Para mi mamá no tengo secretos”.

Pepe se me quedó viendo. Nos despedimos... pero ese incidente me lastimó hasta lo más hondo.

Pensé que si Pepe no era discreto, pronto todos los músicos darían por sentado el chisme e iba a ser muy difícil que me respetaran.

Fui a buscar consuelo con mi abuelita y ella comentó: “¡Cómo es posible que tu mamá sea así! ¿Hasta dónde va a llegar para retenerte y no dejar de percibir el dinero que le das? Aunque tiene parte de razón... Creo que no debes aceptar que te acompañe ese señor”.

Por ese tiempo hubo un gran revuelo en el Bremen porque se presentaría Marbella, que bailarían desnuda. Desde temprano se llenaron todas las mesas y hasta el espacio que nos destinaban a los músicos lo ocuparon los clientes. Marbella tenía sesenta años, pero estaba muy bien conservada y había sido bailarina de ballet.

Se presentó con una capa que le cubría el cuerpo desnudo. Efectuó su baile, y no fue sino hasta el final cuando, gracias a la habilidad con que manejaba sus brazos, permitió que por un momento se viera su cuerpo. Lucía muy hermosa a pesar de su edad.

Hablé con Ángel y le dije que mejor allí dejábamos la amistad. Él insistió y me siguió un par de veces hasta una esquina antes de mi casa. Propuso que platicáramos de esa manera, así mi mamá no se enteraría. Acepté, pues la verdad me sentía muy a gusto con su conversación.

Seguimos caminando juntos, sin que nos vieran salir los compañeros y sin que me viera llegar con él mi mamá.

Me contó que estaba estudiando música cubana con unos discos, porque estaba acompañando a Yeyo y Cané y lo presionaban mucho. Yo le dije cómo ensayaba diariamente con la Sinfónica y que después me iba a estudiar al Conservatorio.

“Con razón la cuida tanto su mamá”, comentó él.

XIV. EL RETO

El Ford, director de la orquesta, empezó a poner música americana muy difícil y muy bonita, en la que había “solos” de instrumentos. El baterista volteaba muy sonriente para ver si me equivocaba. Yo estaba acostumbrada a pasajes musicales muy difíciles, pero no es lo mismo la música clásica que la popular; me costaba trabajo, pero Ángel seguía apoyándome con su mano izquierda (donde se encuentran las notas graves del teclado del piano).

En una ocasión, Ángel le sugirió al director que tocáramos una pieza musical en especial, que llevaba un solo de batería. *El Ford* le dijo que no encontraba la partitura de dicha pieza, pero en el descanso Ángel la buscó y la encontró. El baterista no pudo con el solo de batería ni componer el compás para seguir con la pieza. Al final, todos los compañeros le reclamaron seriamente, sobre

todo *Lucas*. Entre otras cosas, le dijeron que se pusiera a estudiar en lugar de estarme perjudicando.

Luego, Ángel propuso tocar otro tipo de música en la que se lucía el saxofón alto (instrumento que tocaba el director), pero la respuesta del *Ford* fue que no sabía dónde estaban las partituras. Los demás compañeros se dieron cuenta y, con suspicacia, comenzaron a decirle al pianista: “Angelito, sigue buscando porque queremos escuchar tocar al director”.

En una de nuestras caminatas a mi casa, Ángel me dijo: “Yo tengo toda esa música que estamos tocando porque en mi tierra, Campeche, tenía mi orquesta, y por las noches escuchaba todo lo que se tocaba en el *Hit Parade* de Estados Unidos por una estación que la transmitía en Miami y la captaba una estación local de Campeche”. Me contó cómo pedía las partituras a Miami y cómo las tocaba con su orquesta en los carnavales de la ciudad, de tal manera que siempre estaba actualizado.

Las pláticas diversas que teníamos hacían que la caminata hasta mi casa se me fuera sin darme cuenta, y con la confianza adquirida le conté sobre el problema que tenía con mi hermana Lucha que estaba embarazada. Me dijo que no me preocupara, que si quería, él me llevaba o me daba la dirección del sanatorio donde había nacido su hijo Carlitos. Me aseguró que era de mucha confianza y que el médico dueño del sanatorio, que era ginecólogo, atendía a sus pacientes.

Acepté y nos pusimos de acuerdo en el día en que hablaríamos con mi mamá y mi hermana al mismo tiempo. Ángel hizo la cita, yo llevé a Lucha al sanatorio y él ya estaba allí esperándonos. El médico la atendió muy bien y comentó que el embarazo ya estaba muy avanzado, que no dudáramos en llevarla cuando fuera necesario. Ella quedó muy contenta con la atención.

Al llegar a mi casa, se lo conté a mi mamá: que mi amigo Ángel nos había llevado al sanatorio, donde revisaron a mi hermana. No dijo nada, pero me miró con enorme desconfianza.

Poco después, Ángel me pidió que lo acompañara a recoger a su hijo Carlitos. La hermana de la mamá del niño lo llevaba a pasear un rato, una vez a la semana, para que Ángel pudiera verlo a escondidas de la mamá. Lo acompañé un par de veces y me parecía un niño precioso; noté cómo se aferraba a su papá.

Seguí con mucho empeño en la Sinfónica, pero en una ocasión me dijo el maestro Pepe Luis: “Sigue usted trabajando en la noche... ¿verdad? –y añadió–: Si el jefe de personal se llega a enterar, la corren. A los miembros de la Sinfónica nos está prohibido trabajar en centros nocturnos. Muchos lo hacemos, pero con mucha discreción; en salones de baile o en grabaciones; nada definitivo. Tenga en cuenta que vamos a trabajar mucho para preparar la temporada de conciertos”. Así que le prometí a mi maestro que dejaría el trabajo en centros nocturnos.

Anuncié al director de la orquesta que me retiraría y que se buscara a otro bajista. Terminé mi semana en el Bremen y, al siguiente fin de semana, tuvimos un “servicio” con la Sinfónica. Tocamos la Quinta sinfonía de Beethoven. En ese concierto le presté al maestro Pepe Luis mi arco, porque él había perdido el suyo. Para tocar, él mismo me dio un arco muy corto con el cual no había modo de tocar adecuadamente. Batallé mucho en el solo de contrabajo del concierto, pero le ayudé a mi maestro.

Seguí concentrada en la Sinfónica, trabajando de vez en cuando los domingos en algún salón de baile o en eventos especiales. Por esa razón dejé de ver a Ángel, pero él se encargó de conseguir el número de teléfono de donde me localizaban en la XEW y me fue a buscar al salón de baile en que trabajé ese fin de semana. En esa ocasión, camino a mi casa me contó detalles de su familia: que eran seis hermanos, cinco hombres y una mujer, y que él era el eje de su familia y cómo apoyaba económicamente a casi todos sus hermanos. También me contó que había estudiado contabilidad, pero que venía de una familia de músicos. Su papá tocaba el clarinete y Ángel había empezado a tocar los timbales los domingos, afuera de la iglesia, desde los cuatro años.

Como Ángel también tenía mucho trabajo, nos veíamos muy poco. A veces me citaba afuera de la XEW después de mi ensayo con la Sinfónica para platicar una media hora.

Estuve ocupada en las “talachas”, pues íbamos a acompañar a dos primerísimas cantantes de ópera: Irma González, soprano, y Oralia Domínguez, contralto, así como a José Sánchez, tenor, y Roberto Silva, bajo. Los estudios se nos hacían cortos porque nos concentrábamos mucho. En una de las veces, al subir la escalera de Bellas Artes, alguien me jaló el brazo y, al voltear, vi que era el músico italiano que tocaba el fagot. Se aprovechó y me plantó un beso. Apreté mis libros y mi bolsa para no tirarlos. Al terminar de subir la escalera, me topé con el jefe de personal, a quien le dije en voz alta: “Maestro, no se vale. Yo me doy a respetar. Si usted no le llama la atención al infeliz italiano, voy a quejarme por escrito a la Dirección”. El jefe me contestó molesto que él se encargaría de poner orden.

Pasamos la temporada de conciertos con un director huésped: el maestro Herrera de la Fuente. El programa de esa temporada fue el siguiente:

- Primer concierto: *Suite para cuerdas*, de Diller.
Novena sinfonía, de Beethoven.
- Segundo concierto: *Segunda sinfonía en re mayor*, de Beethoven.
Concierto de Brandemburgo en fa mayor, de J. S. Bach.
Fiestas romanas, poema sinfónico de Respighi.
- Tercer concierto: *Colorines*, de Silvestre Revueltas.
Sherezada, de Rimsky Korzakov.
Divertimento El beso del hada, de Stravinski.
Capricho español, de Rimsky Korzakov.
- Cuarto concierto: *Pantomima, Amanecer y Danza general*, de Ravel.
- Quinto concierto: *Sinfonía número 39*, de Mozart.
Concierto para contrabajo, de Bottesini.

Justo en los días de los conciertos, empezaron a trabajar en la calle de Belisario Domínguez para meter unas tuberías, por

lo que hicieron unas zanjas muy grandes. Al salir a la calle rumbo a Bellas Artes, vi a mi maestro Pepe Luis saltando un montón de tierra, con su poco pelo parado, su traje negro desaliñado y sin corbata; estaba tomado. Faltaban cuarenta y cinco minutos para el concierto. Él me vio y corrió. Lo alcancé diciéndole: “¡Maestro! ¿Qué anda haciendo? ¡Ya casi es hora del concierto y usted así!”

Lo llevé a la vuelta, donde había un restaurancito, para que se tomara un café. Mientras, le hablé por teléfono al jefe de personal y le dije el estado del maestro. Me indicó que, por favor, tomara un taxi y lo llevara a su casa para que se diera un baño con agua fría, se cambiara y regresáramos lo antes posible; que luego me repondría el dinero.

Llegamos a casa del maestro, pero no estaba su esposa. Como pudo, se metió al baño y en pocos minutos me gritó: “¡Lupita, por favor, suba rápido y pásame una camisa!” Yo no atinaba a encontrarla, cuando en eso llegó su esposa con sus dos hijas. Subió la más grande y, al verme, gritó: “¡Acá hay una mujer en tu recámara, mamá!”

A mí se me vino el cielo encima, pero la esposa observó que yo estaba con vestido largo negro y perfectamente arreglada. Me estaba disculpando, cuando sonó el teléfono: era la esposa del jefe de personal preguntando si ya habíamos tomado el taxi de regreso a Bellas Artes.

Le expliqué todo a la esposa de mi maestro, tomamos el taxi y el incidente concluyó cuando llegamos unos cuantos minutos antes de iniciar el concierto.

XV. LA VIDA CONTINÚA

Mientras estuve con el compromiso de los conciertos, le pedí a Mariquita (la dueña de la tienda desde cuyo teléfono nos llamaban

a todos los vecinos) que no me pasara ninguna llamada, que nada más me tomara los recados y que luego le pagaría el servicio.

Durante ese tiempo, Ángel no pudo comunicarse conmigo, pero cuando apenas habíamos retomado el contacto, un día mi hermana Lucha se sintió mal. Rápidamente la llevé al sanatorio, y el médico le dijo que nada más faltaban un par de días para que naciera el bebé. Se lo platicué a Ángel.

Efectivamente, al tercer día, al regresar del ensayo a mi casa, me llamó mi mamá desde su trabajo para informarme que había llevado a mi hermana al sanatorio. “Ya va a nacer su bebé”, me dijo.

Salí corriendo a ver a mi hermana, y cuál no sería mi sorpresa al ver que ya estaba allí Ángel. “Córrale, porque su hermana no quiere dar a luz hasta que usted no llegue”.

Ya la tenían preparada. Me pasaron y comenzó el trabajo de parto. Vi cómo coronaba el bebé y empecé a marearme; tuve que recargarme en la pared. La enfermera me pasó un algodón con alcohol, y pude ver cómo salía su cabecita... luego su hombro... era una niña. Fue un 2 de agosto, día de nuestra Señora de los Ángeles. Y el primer hombre que tomó en brazos a esa hermosa niña fue Ángel.

Mi hermana decidió que Ángel y yo fuéramos los padrinos de bautizo. Ella se lo comunicó a él y después a mi mamá. Ángel nos invitó a mi hermana y a mí a comer para ver a la niña. Ese día mi hermana nos dijo que la llamaría Cecilia de los Ángeles: Cecilia, porque es la patrona de los músicos; y de los Ángeles, por el día en que había nacido, “y por usted, Ángel, por el apoyo que me ha brindado”. Pocos días después bautizamos a la niña, nada más los tres.

La cervecería Corona empezó a hacer unas tardeadas los domingos con dos escenarios y una orquesta en cada uno; iban los mejores músicos. Por allí desfilaron la orquesta de Luis Arcaraz, la Danzonera de Alejandro Cardona, Acerina y su danzonera, etc. Yo tocaba

con la orquesta de Juan García Medeles y alternábamos con la de Luis Arcaraz. Allí me encontré con compañeros que fueron importantes en mi formación, como el contrabajista de Luis Arcaraz, Víctor Ruiz Pazos, *el Vitillo*, quien me acompañara a comprar mi contrabajo a Casa Veerkamp y que me lo cargó hasta mi casa. También saludé a Fernando Sandoval, *el Jaracho*, contrabajista de Pérez Prado. Él me apoyó mucho orientándome con el “tumbao” (acento musical) en el bajo a la hora de tocar música tropical. Era muy bien parecido y, sin embargo, lo abandonó su esposa; se fue a Estados Unidos con su pequeño hijo.

El Jaracho empezó a tomar y la bebida lo mató años después. Poco antes de fallecer, cuando yo ya tenía mis hijos, él me mandó unas hojas de papel pautado en las que me escribió musicalmente más “tumbaos” para tocar música tropical, acompañados de una dedicatoria: “Con todo mi afecto para mi colega y compañera Lupita, agosto de 1976”.

Muy poco a poco, Ángel fue haciéndose más presente en mi vida. Nos veíamos cada vez que podíamos y, ocasionalmente, los domingos íbamos a pasear a algún lado, antes del trabajo. Coincidíamos en las cafeterías de la XEW. En ese año quitaron todos los puestos de la acera de la estación de radio. Ángel se cambió a la calle de Uruguay juntó los dos puestos en uno, a la entrada de los departamentos donde vivía el señor Robles, quien se ocupaba de reparar instrumentos de cuerda. Me hice amiga de la esposa del señor Robles y ella acostumbraba a invitar a algunos músicos, en el cumpleaños, santo o aniversario de bodas, a comer enchiladas que ella preparaba. Así que varias veces al año coincidíamos en su casa varios músicos. Nunca vi a Ángel allí y nunca tuve curiosidad de detenerme en su puesto.

Así fue pasando el tiempo. Trabajé cantando en un lugar que me quedaba muy cómodo, tanto por el horario como por la carga laboral, que se llamaba *Los Pericos*, pero me salí de allí porque una vez me ofrecieron “polvo” para inhalar y me negué, aunque no tenía idea de lo que era (¡creí que era bicarbonato!).

Una tarde, estando afuera de la XEW, Ángel me invitó a los tacos de carnitas de la calle Luis Moya, a donde iban los músicos a comer. Al terminar, me invitó al cine, que estaba a media cuadra del lugar. Aunque al principio me resistí, finalmente fuimos y él me pasó el brazo por el hombro, pegó su cabeza a la mía y me dijo que saldría de viaje por una o dos semanas con la orquesta de Yeyo y Cané. Esas dos semanas no nos vimos.

XVI. ADIÓS A LA ORQUESTA SINFÓNICA NACIONAL

A finales de 1953, ya llevaba tres años en la orquesta. En lugar de Carlos Chávez, después del tránsito de Herrera de la Fuente, había sido nombrado Pablo Moncayo, quien me mandó llamar al final de un ensayo. Estaban presentes el jefe de personal y mi maestro Pepe Luis. Moncayo me dijo:

–Tengo un problema; necesito sacar al *Tribilín* –así le llamaban a un compañero contrabajista del tercer atril, que era famoso por borracho e indisciplinado–. Por esta razón les van a hacer un examen a usted y a él; usted se va a quedar y *Tribilín* va a salir. Usted tiene que quedarse porque me la recomendó mucho el maestro Chávez y me pidió que la apoyara en todo.

A mí se me vino el mundo encima... y le respondí:

–Maestro Moncayo, esto es una competencia. Yo llevo el tercer año de contrabajo; el *Tribilín*, el quinto. Técnicamente no estamos al mismo nivel. Usted tiene todas las evidencias para sacar a ese muchacho; todos sabemos que llega tarde y borracho. Perdóneme, pero no voy a servir de carnada para sacar a un compañero.

–Lupita, en la Sinfónica tengo nueve contrabajos y debo tener ocho; de todos modos tengo que sacar a uno. Le repito; usted se va a quedar; esto nada más es una formalidad.

–Llámelo como quiera –le contesté–. Esto lo hace usted para no perjudicar al muchacho sacándolo por indisciplina.

Finalmente Moncayo dijo:

–Lupita, si no quiere usted cooperar, con mucha pena le pido que suba a la oficina a firmar su renuncia. Yo voy a estar presente. Como está empezando la quincena, quiero que la termine para que mientras busque otro lugar. Si necesita alguna carta, me avisa; siempre estaré a sus órdenes, como me lo pidió el maestro Chávez.

Fue la segunda quincena de noviembre de 1953... firmé mi renuncia.

Esos últimos días en la Sinfónica fueron muy largos y angustiosos para mí. En la escuela, las clases se me hacían muy pesadas... me sentía desorientada. El maestro Pepe Luis me dijo que tenía que seguir adelante. Gildardo Mojica (mi amigo flautista) me apoyó moralmente y me aconsejó que buscara al maestro Chávez, pero yo estaba descorazonada.

Se lo platicué a mi mamá, quien se quedó muy seria. Mi abuelita me dijo: “Lo siento mucho, porque perdiste lo que tanto trabajo te costó. Pero has hecho algo que te debe orgullecer, sacrificaste lo que más querías por no prestarte a manipulaciones. Y eso demuestra la grandeza de tu alma”.

Al día siguiente de que dejé la Sinfónica, me visitó el maestro Pepe Luis para decirme que, por su conducto, me daba las gracias *el Tribilín*. Que prometía ya no tomar y cumplir, porque con ese trabajo él mantenía a sus hermanos. Que estaba muy agradecido conmigo.

–Por si usted no lo sabe, en esta casa mi mamá trabaja y gana el sueldo mínimo: \$4.80. Somos seis hermanos, una bebé, mi mamá, mi abuelita y un hermano de mi mamá que no tiene trabajo. Como ve usted, maestro, si yo no trabajo, no comemos con lo que gana mi mamá.

Él se quedó serio.

–La espero en la escuela –concluyó–. Lamento haberla molestado.

No me faltó trabajo; suplencias en alguna estación de radio, bailes particulares, tardeadas o salones de baile. Como el horario era irregular, empecé a faltar a la escuela, hasta que le di las gracias a mi maestro Pepe Luis. Él se negaba a que la dejara e insistía con el relato de que en algún momento yo le quitaría su lugar en la Sinfónica... pero ya estaba decidida.

Extrañé mucho sus enseñanzas, su paciencia, su buen sentido del humor. Extrañé el Conservatorio y la Orquesta Sinfónica Nacional.

XVII. UN SENDERO MÁS

El 12 de diciembre me buscó Ángel para regalarme un perfume de gardenias. Me invitó a comer cabrito en un restaurante de la calle Bolívar y allí le platiqué lo sucedido en la Sinfónica.

“¡Qué lástima! Eres demasiado honrada –comentó él y me preguntó–: ¿Cómo andas de trabajo?” Le dije que tenía todo el mes ocupado, y él también lo estaba. La orquesta de Yeyo y Cané se había desbaratado y este último se había ido a Estados Unidos a trabajar en una orquesta de allá.

El perfume que me regaló Ángel olía muy fuerte: con una sola gota me mareaba, así que se lo regalé a mis hermanas. Durante mucho tiempo el departamento olió a gardenias o a flor de muertos.

Estuve trabajando en diversos lugares y en varias orquestas improvisadas que se integraban con buenos músicos, así que sonaban muy bien. También estuve grabando varias veces con el baterista de Gabilondo Soler. En una de esas ocasiones, al salir de grabar ya me estaba esperando Ángel en la cafetería. Cuando platicábamos, se me acercó una persona que se identificó como periodista y me ofreció que modelara con mis manos en una sesión fotográfica para el anuncio de una crema, que el estudio estaba cerca y no tardaríamos mucho.

Ángel contestó por mí diciendo que no me interesaba. Ésta era la segunda vez que él hacía algo así; ya en otra ocasión me habían ofrecido modelar para otro anuncio y él se había adelantado a mi respuesta.

“¿Con qué derecho dispones de mis decisiones?”, le increpé y me fui.

Ése fue mi primer disgusto con Ángel. Luego me estuvo buscando, me pidió otra oportunidad y se disculpó.

El último día de ese año trabajé con la orquesta de Ramón Márquez, alternando con la de Ismael Díaz, aquel director del cuarteto con el que trabajé en el Tullerías. Cuando Ismael terminaba, subíamos nosotros, y así sucesivamente. Ismael llevaba a su *crooner* y Ramón llevaba a la suya.

Yo me había comprado una mascada muy bonita de color azul con margaritas, la puse doblada sobre el piano y, al terminar el turno, ya había desaparecido. Pregunté a muchos compañeros, pero nadie supo decirme nada.

A los pocos días estaba platicando con Ángel en la cafetería donde nos reuníamos los músicos, cuando en eso entró Ismael Díaz con su cantante, que llevaba un vestido gris muy bonito, con una falda amplia y en la falda, prendida en diagonal, mi pañoleta azul.

Me levanté, me acerqué a la muchacha y le reclamé: “Entrégame mi pañoleta, la traes prendida de tu falda”. Ismael se volteó para otro lado y la muchacha me la dio.

Ese día, cuando nos quedamos solos, Ángel me dijo: “Tengo que ir a Campeche porque tengo un problema familiar muy delicado. La verdad, no sé cuánto tiempo estaré en mi tierra. Me gustaría invitarte a bailar”. Acepté.

Fuimos a un salón de baile, tomamos puro refresco y bailamos lejos de las orquestas. Estaba necesitada de cariño. Al sentir sus brazos, me sentí en otro mundo... embriagada. Casi no hablamos, bailamos y bailamos. Tocaba la orquesta de Carlos Campos danzones muy suaves.

Cuando terminó la orquesta, Ángel me preguntó si aceptaba ir con él a un lugar donde estuviéramos solos. Acepté. No me importó que me llevara a un hotel, no me importó si Ángel era casado ni tampoco si mi mamá me daría una paliza al llegar a mi casa.

¡La cara que puso Ángel cuando se dio cuenta de que era la primera vez que yo estaba con un hombre! Pero fue gentil y me dijo: “Si he sabido, no te traigo”...

Yo no quería separarme de él. No quería volver a la realidad. Me llevó a buena hora y de momento no tuve problemas con mi mamá.

Ángel Cu León fue mi compañero de vida, padre de mis hijos y excelente músico, con quien compartí experiencias maravillosas y otras sumamente difíciles, dramas inenarrables.

Fue una persona que me abrió un nuevo camino en el mundo de la música. Juntos luchamos para tratar de conseguir mejoría en la vida de los compañeros, y juntos conseguimos gratos logros en nuestra profesión, en nuestra familia y en nuestra vida de pareja.

En otra ocasión les contaré ésa muy larga y muy difícil historia.